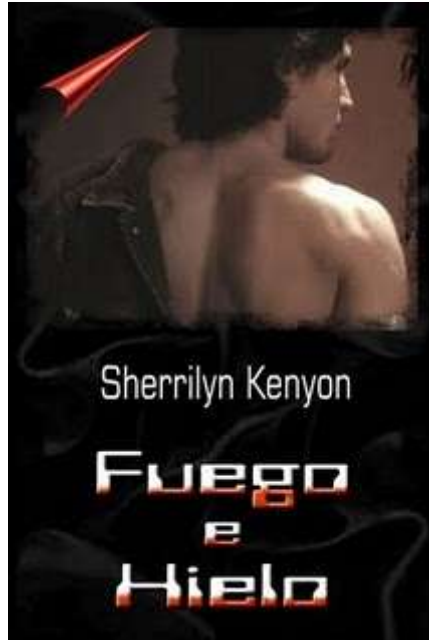


**Fuego e hielo**  
*The League Series Book 3.5*

**Sherrilyn Kenyon**



**ARGUMENTO:**

Dentro de la antología "Man of my Dreams" de varias autoras

Adron era un hombre amargado viviendo con un cuerpo roto, y que solamente deseaba continuar ahogándose en alcohol para mantener el resto del mundo fuera.

Livia Typpa Vista era una princesa a la espera de forjar una alianza entre dos familias mediante su matrimonio con un hombre lascivo que doblaba la edad de sus propios padres, y sabía que su única escapatoria era perder su virginidad antes de que los físicos de la corte la examinaran y anunciaran que era digna para la boda. Desesperada, Livia estaba decidida a perder aquello que antes era precioso para ella y Adron iba a ser el afortunado receptor de ese regalo. Descubriendo que dentro de Adron latía un corazón amoroso, Livia estaba preparada para sacrificar incluso su propia vida para salvar al hombre que había comenzado a amar.

## Capítulo 1

Adron Quiakides nunca había sido el tipo de hombre al que se podía abordar imprudentemente.

No si uno quería vivir, desde luego.

Y esta noche, mientras estaba sentado solo en la cabina trasera del Goldon Crena consumiendo poco a poco una cara botella de alcohol Grenna, lo último que quería era que alguien lo molestase.

Sus placeres en la vida eran pocos, y consumir por completo ese líquido naranja amarillento le daba la paz que deseaba su maltratada alma.

Porque esta noche, más que nunca, sus recuerdos dolían.

Esta misma hora señalaba el quinto aniversario de la noche en que había tomado la decisión de pasar el resto de su vida pagando.

Adron agarro la botella medio borracho con la mano derecha, incapaz de creer que había pasado tanto tiempo desde que había caminado con una cojera pronunciada.

Cinco años desde que había experimentado algo de comodidad o alguna paz.

Él se había quedado en cama por horas tratando de dormir. Tratando de olvidar, y finalmente él se había percatado que la única forma para silenciar a sus demonios era ahogarlos por completo.

Y nada trabajaba mejor que Grena.

Inclinando la gran botella a sus labios, dejó que el fuego pasara por su garganta.

-Oye, cariño –dijo una mujer atractiva y pelirroja mientras andaba con paso lento sobre él y apoyaba una cadera delgada contra la mesa-. ¿Quieres algo de compañía?

-Tengo compañía –dijo él, su voz rasposa resonando en sus oídos-. Yo, yo mismo y yo.

Ella lanzo una mirada muy hambrienta sobre su cuerpo, después se apoyo a través de la mesa para mostrar sus generosos pechos.

-Pues bien, hay bastante de mí para hacer a los tres felices.

Había habido un tiempo, una vez, cuando no hubiera dudado en llevarla arriba ante esa oferta.

Pero entonces la vida no era nada excepto cambiante, y normalmente se modificaba en un segundo.

Ella se relamió los labios.

-Vamos, guapo, cómprame una bebida.

Adron la miro. No era la primera mujer que le hacía una proposición esa noche. Y en verdad le desconcertaba que alguna mujer se tomara la molestia dada la cruel cicatriz de su cara. Pero entonces, las mujeres del Golden Crona no eran críticas, sobretodo no cuando sentían el dinero.

-Lo siento –dijo él fríamente-. Ninguno de nosotros está interesado.

Ella suspiro dramáticamente.

-De acuerdo, si alguno de vosotros cambia de opinión, me lo haces saber.

Con una última triste mirada hacia él, se volvió a través del gentío de humanos y aliens que se movía a través de la barra atestada.

Adron cambió de posición con inquietud en su asiento mientras el profundo dolor en su hueso pasaba como un relámpago por su pierna izquierda. Apretando los dientes, expresó un gruñido bajo en su garganta.

Uno pensaría que la cantidad de calmantes con los que vivía cuando se combinaban con el alcohol aplastarían cualquier dolencia física. Pero apenas entumecían su tormento físico.

Y no hacían nada con la agonía en su corazón.

-Maldito infierno –gruñó bajo su aliento él, después echó la cabeza hacia atrás y terminó su bebida.

Agarró a una camarera de piel verde que pasaba y ordenó

Dos botellas más.

Mientras esperaba que volviera, vio a otra mujer dirigiéndosele. La feroz mirada encolerizada que le lanzó, la hizo escabullirse.

Finalmente estaba divirtiéndose. Esta noche tenía la intención de quedar completamente enlosado y se compadecía del siguiente estúpido lo suficientemente tonto como para acercársele. A menos que viniesen cargados con más alcohol.

\*\*\*

Livia Typpa Vista había vivido toda su vida con custodia policial. Más rehén que princesa, durante mucho tiempo se había fatigado con los dictámenes de todo el mundo sobre su comportamiento, y a la edad de veintiséis años, ya había tenido suficiente.

No era una niña.

Y no iba a casarse con Clypper Thoran en dos semanas. ¡Ni que fuera el último varón en el universo!

-Harás lo que se te dice.

Se sobresaltó con la orden imperiosa de su padre. La alta eminencia en la que él podría estar, salvo que ella, no su hermano mayor, había heredado su obstinación. Sin importar el precio, se rehusaba a casarse con un Gobernador Territorial dieciséis años mayor que su padre.

Desde que Clypper había ordenado a una virgen para ser su prometida, supo que sólo había una forma para frustrarlos a ambos.

Después de esta noche, no seguiría siendo una virgen.

Por la mañana, su padre la mataría por ello. Pero mejor morir que ser casada con un anciano cruel, con cara de cabra que andaba tanteándola con sus frías manos cada vez que estaba cerca de ella.

El Goleen Crona.

Mientras la lluvia caía sobre ella, Livia clavó los ojos en el signo por encima de su cabeza. Su criada, Krista, le había hablado sobre el club. Dentro había toda clase de héroes y toda clase de villanos, y aunque preferiría entregar su virginidad a un héroe,

honestamente no le importaba. Siempre que fuera pasablemente atractivo y agradable, sería lo suficientemente bueno para la noche.

Reuniendo su valor, Livia abrió la puerta y se paró en seco.

Nunca había visto algo así. Un mar de aliens y humanos bailaban y oscilaban de arriba abajo a través de la barra humeante que olía al sudor de muchas especies, y a alcohol barato. La horrible música era tan fuerte, que hacía a sus oídos latir.

Un varón grande, anaranjado y reptil le dirigió un ceño fruncido mientras ella vacilaba en la puerta.

-Dentro o fuera –gruño él.

Ella inspiró profundamente para fortalecer su coraje. Eso, y mentalmente conjuró una imagen de las mandíbulas llenas de grasa de Clypper y sus ojos globulosos, llenos de lujuria.

Estremeciéndose, entró y dejó la puerta un poco atrás.

-Veinticinco créditos –exigió el hombre-reptil.

-¿Perdón?

-Veinticinco créditos. Pagas o te lanzo afuera sobre tu culo.

Livia arqueó una ceja. Tenía en la punta de la lengua las palabras para ponerlo en su sitio, pero entonces recordó que él no sabía quien era ella. Y debía seguir así.

Si alguien supiera que era una princesa Vistan, sería devuelta al hotel donde se hospedaban.

Sin mencionar el hecho de que tenía poco tiempo. Tenía que encontrar a un hombre antes de que alguien la echara en falta y comenzara una búsqueda.

Sacando el dinero que le había robado a su hermano, pagó el precio.

-De acuerdo –se murmuró a sí misma mientras examinaba la barra llena de gente-. Es hora de encontrarle.

Pasó entre el gentío y se sobresaltó a medida que varios humanos sucios la miraban con interés.

Livia rápidamente añadió a su lista de cosas el buscar a un hombre que se hubiera bañado.

Un alto, oculto y humano varón le sonrió, exhibiendo un juego de dientes negros.

De acuerdo, también tenía que añadir que supiera como se usaba un cepillo de dientes.

Mientras cruzaba el cuarto, vio a un moreno en la barra que parecía prometedor. Se dirigió hacia él. Pero tan pronto como se acercó, se congeló.

Era el corredor personal de su padre.

Si supiera como maldecir, definitivamente maldeciría su suerte.

*Solamente no dejes que me vea.*

Cayendo entre en el gentío, Livia lo vigiló tratando de escudriñar la aglomeración buscando a su blanco. Seguramente, allí había alguien que podría...

Una conmoción a la entrada llamó su atención.

Livia comenzó a mirar.

¡Oh, no! Se aterrorizó al ver a los Guardias de la familia real entrando en la barra. Inmediatamente, los soldados vestidos de gris empezaron a preguntar a los clientes mientras se expandían para cubrir tanto de la barra como pudieran.

Tembló. Para que ellos estuvieran aquí armados, Krista tendría que haber dicho voluntariamente su posición, y sin duda, su intención. Livia gimió ante el pensamiento.

¿Cómo podía haberla traicionado Krista? Su criada había sido tan útil en la planificación y ejecución de su plan.

Pero por alguna razón, Krista vivía con el miedo al padre de Livia y fácilmente un ceño fruncido habría hecho que su criada lo dijera todo.

Directamente hasta el mayor de los detalles.

Livia se encogió de miedo al pensar en la reacción de su padre. Pero al menos Krista, a diferencia de ella, no pagaría por su afrenta.

Krista estaba protegida por sus leyes. Solo un varón de su familia podría castigarla, y Krista no tenía ningún pariente masculino vivo.

Livia no tenía esa suerte, y no era necesario decir lo que su padre le haría por esto.

La castidad era una de las virtudes más importantes que cualquier mujer debía poseer en su mundo. De hecho, hombres y mujeres sólo tenían permitido mezclarse durante las comidas, funciones puras, reales, y cuando las parejas estuvieran casadas, realizarían sus funciones maritales. Pero que una mujer buscara a un hombre que no tuviera lazos de sangre con ella era extremadamente prohibido.

Y se castigaba duramente.

Se estremeció de miedo. Había sabido las consecuencias antes de ponerse en marcha. De una u otra manera, pagaría por su indiscreción, y si tenía que pagar, entonces iba a asegurarse de completar el plan.

Apretando los dientes, Livia escudriñó el cuarto buscando un escondite. En la parte trasera del club había una línea de cabinas. Se dirigió hacia ellas.

Desgraciadamente, todos a los que miró estaban ocupados.

¡Maldición!

-Oye, bebé –preguntó un hombre grosero mirándola-, ¿quieres compañía?

Ella lo consideró hasta que él tendió la mano y le agarró el brazo. La tiro hacía él, su mano apretando ferozmente la carne de la parte superior de su brazo.

-Vamos –dijo con una brillante sonrisa mientras se pasaba la mano por su pelo mojado-, ¿Qué me dices a mí y a mi cabeza?

Ella se apartó dando tumbos antes de que pudiera hierirla más.

-No, gracias.

Apartándose, vio a los guardias dirigiéndose hacia ella a medida que pasaban rozando al gentío.

Con su corazón martilleando, corrió hasta la última cabina y se sentó en el banco vacío antes de que el guardia la viera.

-¿Qué diablos haces?

Ella pasó su mirada fija del guardia al hombre sentado delante de ella.

El aliento quedó atascado en su garganta.

Él era más que pasable.

De hecho, nunca había visto a un hombre tan increíblemente guapo. Sus rasgos bien definidos y rígidamente aristocráticos. Sus cejas oscuras de color café se arqueaban con precisión sobre los ojos más penetrantes y azules que alguna vez había visto.

Iba vestido completamente de negro, llevaba el cabello rubio y canoso largo, sujeto en una cola. Bien afeitado y lavado, lo rodeaba un aire de refinamiento y poder.

Pero sus ojos eran fríos mientras la miraba. Precavidos.

El aura de peligro se pegaba a él y a causa de la determinación de su mandíbula, podía afirmar que no quería compañía.

Él tiró de los guantes negros sobre sus manos mientras la miraba.

Debería levantarse y marcharse, aún más cuando él tenía una cicatriz que recorría ferozmente su pómulo, desde el nacimiento del pelo y abajo hasta su mandíbula. Parecía que alguien le hubiera cortado allí a propósito, lo que la hacía preguntarse que clase de hombre era sencillamente.

¿Qué había hecho para merecer semejante herida?

Mordiéndose los labios indecisa, dirigió de nuevo la mirada al guardia quieto.

¿Qué debía hacer?

Adron arqueó una ceja a la mujer que aún no le había dejado.

Estaba borracho, pero no tan borracho como para no darse cuenta de que el pequeño ratón mojado sentado delante suyo no debía estar ahí. Podía oler su inocencia.

Y le revolvía el estómago.

Su pelo café oscuro estaba suelto, resbalando sobre sus hombros finos en ondas.

Tenía grandes ojos, angelicales. Ojos verdes que hechizaban. Eran completamente...

Cándidos y honestos.

Un temblor lo recorrió. ¿Quién tenía en esa época ojos así? ¿Y cómo lo miraba tan directamente con ellos?

-Me escondo de alguien –le confió ella-. ¿Prestas atención?

-Caramba, sí, presto atención.

Livia miro ceñudamente al desconocido. Su tono fiero la hizo echarse atrás, y si no hubiera sido por los guardias que escudriñaban las cabinas, hubiera salido.

¡Piensa en algo!

El guardia tapó dos cabinas y tendió un holo-cubo a los extraños sentados en él.

-¿Han visto a esta mujer?

Su plan estaba arruinado, solo conocía una manera de frustrar a su padre. Se levanto de su asiento y se sentó junto al desconocido.

Él la miro ceñudo.

Antes de que le pudiera decir algo, Livia se inclinó hacia delante y lo besó.

Adron estaba sentado en un silencio atontado mientras ella ponía fuertemente sus labios cerrados contra los de él. Era el beso más casto que le daba una mujer no relacionada con él.

Por la forma en que sujetaba su cabeza entre sus manos, él podía decir que ella creía que un beso debía darse así.

Pero peor que la inocencia que saboreaba, no había besado a una mujer en cinco años y la percepción de ese ruido sordo, los labios llenos contra los de él fue más de lo que su mente borracha podía manejar.

Y su olor...

Dios, como había echado de menos el dulce, embriagador olor de una mujer.

Cerrando los ojos, soltó la botella, y ahuecó las manos contra su cara mientras tomaba cartas en el asunto.

Livia tembló mientras él abría los labios y deslizaba la lengua en su boca. Había visto a personas besarse así en juegos y titubeos, pero nadie alguna vez había tenido la insolencia de hacérselo a ella.

Saboreó el alcohol, dulce y aromático en su lengua, olió su perfume caliente, limpio mientras él recorría con sus manos su espalda y la sujetaba tan suavemente que la hizo temblar.

Él era sin duda único, pensó ella mientras su cuerpo ardía ante sus caricias. Este era el hombre al que daría su virginidad. Un hombre de ojos azules y atormentados y un toque tierno.

Un hombre que la hacía jadear y sentirse débil, y al mismo tiempo caliente y extrañamente poderosa.

Entre sus brazos, realmente se sentía como si tuviera el control de su vida. De su cuerpo.

Y le gustaba.

Adron nunca había saboreado nada mejor que su boca. Sintió la falta de experiencia de ella mientras con vacilación ésta tocaba con su lengua la suya. Y su cuerpo rugió a la vida con un latido bastante olvidado que exigía más que solamente sus labios.

Oh Dios, eso era el cielo y él había vivido en el infierno durante el suficiente tiempo como para haber olvidado el sabor y como se sentía eso.

-Perdone –dijo un hombre cuando se detuvo delante de ellos-. Mire esto.

Adron se liberó del beso el tiempo justo como para dirigir una mirada aburrida al recién llegado.

-Márchese o muera.

El miedo titiló en los ojos del hombre. Era una vista a la que Adron estaba acostumbrado.

Sin otra palabra, el hombre se apartó de ellos.

Adron volvió a sus labios.

Livia gimió mientras él profundizaba el beso.

Olvidando a los guardias y sus temores, ella suspiró de placer. Las extrañas emociones la desgarraban mientras él enterraba los labios contra su cuello y hacía que ardientes escalofríos la recorrieran. Sus brazos se ciñeron a su cintura a medida que sus senos se hinchaban.

¿Qué era ese latido en su interior que sentía ella?

¿Este dolor insoportable?

Él la volvía insensata y jadeante. Y lo quería desesperadamente.

-¿Harás el amor conmigo?

Adron se echó hacia atrás sorprendido. Si no estuviera borracho, la hubiera despachado, pero había algo en ella que de algún modo llamaba algo que había olvidado durante mucho tiempo.

Había pasado una eternidad desde que se había acostado con una mujer. Años de soledad amarga, dolorida y dolor.

Y ahora ella se le ofrecía.

*Échala.*

Pero no lo hizo. En lugar de ello, se encontró levantándose de la cabina y conduciéndola entre el gentío.

Livia no supo a donde iban. En el fondo de su mente, estaba aterrorizada. No sabía nada de este hombre.

Ni siquiera su nombre.

Nunca en su vida había hecho nada tan tonto. Y aun así instintivamente sabía que él no la heriría.

Había dolor en sus ojos azules helados, pero no crueldad.

Él mantuvo su brazo sobre ella. Y camino apoyándose pesadamente en un bastón de oro.

Ella quiso preguntarle que le había sucedido a su cara y pierna, pero no se atrevió no fuera que él lo reconsiderara.

La guió al exterior del club, a un transporte.

Después de entrar, ascendieron tres niveles hasta un edificio de apartamento de escala superior.

Livia se relajó un poquito mientras entraban en el gran vestíbulo. Al menos no sería seducida en una trastienda oscura, muy sucia de algún lugar.

Krista la había preparado para lo que debía esperar. Hasta una estimación de cuánto tiempo tardaría un hombre en dejarla ir.

Tomando un aliento profundo para darse valor, Livia creyó que estaría de vuelta en su hotel para medianoche. Allí dudaría, y finalmente su padre comprendería la verdad.

Dios tuviera piedad de ella.

Pero había tomado su decisión y una vez que su mente se empeñaba en algo, ahí iba ella. No sería convencida.

Sin hablarse, tomaron un ascensor a un piso alto.

Él la introdujo en un apartamento casi del tamaño de sus habitaciones en palacio. Y tan pronto como cerró la puerta, la jaló a sus brazos.

Esta vez el beso fue feroz. Muy exigente. Su beso le robo el aliento mientras él la apretaba contra la pared.

Su cabeza nadó ante la poderosa percepción de sus manos vagando por ella.

*¿Qué haces?*

*Silencio*, le gritó a su mente, aplastando la culpabilidad y el miedo.

Era su vida y la reclamaría.

Con ese pensamiento, comenzó a desabrochar su camisa.

Adron inspiró agudamente al sentir su mano contra su pecho desnudo. Su toque lo quemó. Solo vagamente podía recordar a alguien aparte de los doctores, enfermeras o terapeutas tocando su carne.

Para su mérito, ella no se encogió asustada o hizo algún comentario acerca de las múltiples cicatrices que dividían su cuerpo. Incluso pareció no notarlas.

Esa era la razón por la que no había estado con una mujer durante tanto tiempo. No había querido explicar las cicatrices. Contar de donde eran.

Tener que afrontar a su amante al amanecer.

Quizás era por lo que había escogido a una desconocida esa noche. No le debía una explicación. No le debía nada.

No quería ver piedad o asco en la cara de una amante.

Pero no había nada en sus ojos verdes claros aparte de curiosidad y hambre.



Livia nunca había visto el pecho de un hombre desnudo antes, al menos en ninguna aparte de carretes.

Fascinada por ello, corrió sus manos sobre la piel suave, leonada que se estiraba duramente sobre músculos duros, prietos. Como terciopelo sobre acero. El constaste la asombró.

-Te sientes maravillosamente –respiró ella.

Adron se echó hacia atrás para mirarla. Había una nota extraña de miedo en su voz, una suave vacilación en sus caricias. Y en ese instante, un sentimiento de temor lo consumió. Estaba borracho, pero no tan borracho.

-Eres una virgen.

Su cara se tornó de un color rojo fuerte.

-¡Mierda! –gruñó él mientras se alejaba de ella.

Su erección dolía y todo su cuerpo ardía. Déjenlo a él encontrar a la única virgen que estaba seguro alguna vez había pisado el Golden Crona.

Agarrando su bastón, cojeó hasta la barra y se sirvió otro vaso. Pero lo aguó. El alcohol no le hacía nada.

Repentinamente, ella estuvo detrás de él, apoyándose contra su espalda mientras sus brazos finos le rodeaban la cintura.

Él se estremeció por el gesto, de la percepción de sus pechos pequeños contra su columna vertebral. Y en ese momento, la necesitó aun más.

-Quiero hacer el amor contigo –susurro ella contra su oído.

-¿Estás loca? –empezó a mirarla él.

Ella negó con la cabeza.

-Quiero regalar mi virginidad. No quiero que me la arrebaten.

-¿Arrebatada por quien?

Ella dejó caer su mirada fija.

-Muy bien. Si no me quieres, iré a encontrar a alguien que lo haga.

Sintió el pinchazo de una rara oleada de celos al pensar en alguien que no fuera él dentro de ella.

*¿A ti que te importa?*

Y aún por una razón desconocida, estúpida, le importaba.

Él atrapó su mano mientras ella se apartaba.

-¿Cuál es tu nombre?

-Livia.

-Livia –repitió él. Iba bien con ella y esos ojos verdemar cándidos-. ¿Por qué te rebajas con alguien como yo?

Livia hizo una pausa mientras veía el auto rechazo vehemente en los ojos fríos. Se odiaba a sí mismo. Era tan obvio y quiso preguntarse por qué.

-Porque pareces agradable.

Él se rió fríamente en respuesta.

-¿Agradable? No soy simpático. No hay nada agradable en mí.

Eso no era cierto. Le faltaba ser mezquino con ella. Él sentía dolor, lo supo. Y lo volvía brusco.

Pero no lo enfurecía.

-Tengo que irme –dijo ella quedamente, lamentando que no sería él después de todo-. No hay tiempo antes de que tenga que volver, y debo encargarme de esto para mañana.

-¿Por qué?

Livia se mordió los labios mientras sentía su cara enrojecer. Por la mañana, sería inspeccionada por los doctores de Clypper.

Si no encontraba a un hombre esa noche, estaría condenada.

-Solamente lo hago –se permitió a sí misma vagar la mirada por su cuerpo exuberante. Tenía hombros anchos y un cuerpo delgado, firmemente musculoso. Su pelo blanco contrastaba fuertemente con la ropa negra que llevaba.

Él era primoroso.

Pero no la quería.

Adron vio la determinación dura en sus ojos, iba a encontrar a otro hombre para que se acostara con ella. Lo sabía.

Debería dejarla ir y aún...

¿Por qué no yo?

Desde que había perdido su agilidad, había evitado a las mujeres. Había temido pasar la vergüenza por su torpeza rigidez. Pero ella no tendría con quien compararle.

Adron agarró su bastón. Recordó un tiempo en que podría haberla levantado entre sus brazos y haber corrido con ella hasta su cama.

Pero esos días se habían terminado para siempre.

-Mi dormitorio esta aquí –dijo él, agarrando una botella y dirigiéndose abajo por el vestíbulo.

Livia se estremeció mientras se daba cuenta de que la había invitado a unírsele.

Excitada y aterrada, lo siguió por el pasillo elegante y a un dormitorio al final de él. El dormitorio del señor era igual de grande que el de ella. Una cama de tamaño gigante estaba puesta contra una pared alejada, con una vista de la ciudad bajo ellos.

Él colocó la botella sobre la mesita de noche, después se pasó a una silla al lado de la cama. Con su cara dura, se sentó lentamente.

Ella vio el dolor en su cara mientras él doblaba la pierna y la movía para sacarse las botas. Quiso saber que le había sucedido, pero no se atrevió a preguntar por miedo a enojarlo. Entonces, ella se acercó y tomó su pie con la mano.

Él la contempló, sus ojos alarmados mientras ella tiraba de la bota fácilmente.

-Sabes, nunca he hecho algo así –susurro ella.

-En vista de que eres virgen, imagino que no.

Relamiéndose los labios, ella le quitó la otra bota.

Adron podía sentir su nerviosismo, su incertidumbre, y deseo tranquilizarla.

-No te heriré –la reconfortó él.

Ella le dirigió una sonrisa que retorció sus tripas. Como deseaba haberla encontrado antes de esa noche desgraciada. Entonces, podría haber sido el amante que merecía. Habría podido tomarla durante toda la noche. Lentamente. Bromeándole.

No sabía cómo sería ahora. Pero intentaría darle placer. Haría su más condenado intento para estar seguro de que la primera vez de ella fuese un buen recuerdo.

Con su ingle tirante, él se levantó y se movió a la cama.

Antes de saber lo que ella haría, ella se sentó en su regazo y lo besó.

Adron inhaló la dulzura de su aliento mientras ponía sus manos sobre ella. Nunca había esperado a una virgen tan atrevida. Y era una aprendiz rápida.

Ella profundizó el beso y bromeó con su lengua.

¡Oh sí, esto podía ser divertido!.

Él desabrochó su camisa para exponer su pequeño corsé. Ella gimió mientras él corría su mano sobre el raso que apenas cubría sus pechos y los apretó suavemente con sus manos.

Livia se estremeció ante el extraño latido entre sus piernas. Y cuando él soltó la presilla a su espalda y su corsé cayó abierto, tembló. Nadie nunca la había visto desnuda antes.

Él clavó los ojos en sus pechos desnudos mientras corría sus manos sobre los endurecidos picos. Trazó lento ardientes círculos alrededor de ellos, haciendo que escalofríos recorrieran todo su cuerpo.

-Eres tan hermosa –respiro él. Después, bajó su cabeza y llevó un pecho a su boca.

Livia siseó de placer mientras su lengua se arremolinaba alrededor de su carne, azuzando, lamiendo.

Ella nunca había sentido nada igual.

Se inclinó hacia delante, acunando su cabeza entre sus manos. Su cuerpo ardía. Él arrastró sus manos hasta su espalda, por sus caderas y cuando la tocó entre las piernas, ella gimió.

Él la contempló, sus ojos aturcidos y hambrientos mientras respiraba trabajosamente. La giró, poniéndola sobre el colchón, y apagó las luces. Ella lo oyó quitarse el resto de sus ropas en la oscuridad, pero no podía ver nada.

Adron deseó verla desnuda, pero no quiso ninguna luz para que ella no pudiera ver su cuerpo herido.

Su ingle estaba caliente y palpitaba por ella, desabrochó el aparato ortopédico duro, espinoso de su pierna izquierda y lo dejó caer al suelo. Después, se quitó el mismo de la mano.

Después, lenta, cuidadosamente, tiró de las ropas de ella.

Corrió la mano sobre la piel suave, caliente, deleitándose con los susurros de placer. Nunca antes había tomado a una virgen y el saber que sería su primer amante añadía más excitación al momento.

Nadie la había tocado.

Nadie aparte de él.

Incluso con las alas rotas y cortadas, se remontó con ese conocimiento.

Livia gimió mientras él la cubría con su cuerpo largo, ardiente. Nunca había sentido nada parecido en lo que apoyarse, la dura fuerza que se extendía uniformemente por su carne desnuda.

Él la besó con ferocidad mientras separaba sus piernas con una rodilla. Después, presiono su muslo contra el centro de su cuerpo, el vello de su pierna instigándola íntimamente.

Ella corrió sus manos por su espalda, sintiendo la zona escabrosa de las cicatrices, el músculo y la piel.

-Mi nombre es Adron –él respiró en su oído segundos antes de seguir el contorno de su oreja con la lengua.

-Adron –repitió ella, probando las sílabas. Era un nombre fuerte que le sentaba bien.

Él la acarició con sus muslos, con su lengua y sus manos. Arqueándose, Livia dio la bienvenida a su contacto. Era tan malvadamente erótico sentirle en todos sitios y no poder ver nada de él. Era como un sueño. Una fantasía de medianoche.

Alzándose, ella cogió su cabello y lo dejó caer alrededor de su cara, después enterró las manos en las sedosas hebras. Él se apoyó contra ella y puso los labios sobre el hueco de su codo lamiendo su carne.

Adron tragó mientras se apartaba, deseando afanadamente verla afrontarle. En lugar de ello, levantó la mano para seguir sus contornos. Podía sentir el diminuto hundimiento en la barbilla de ella, imaginar los ojazos verdes en su cara ovalada y pequeña que se había introducido en un corazón que había considerado muerto.

Ella era impresionante. Y durante esta noche, era suya.

Toda suya.

Cerrando los ojos, se movió bajando por su cuerpo, después maldijo mientras una oleada de dolor agudo ascendía por su pierna y su espalda.

Ella se tensó bajo él.

-¿Qué está mal?

Adron no pudo responder. El dolor de su pierna era tan intenso que al instante apagó su deseo.

Se giró sobre su espalda y luchó por respirar.

-¿Adron?

La preocupación en su voz lo carcomió.

-Mi pierna –dijo entre dientes fuertemente apretados él-. Necesito los calmantes que hay en mi mesilla de noche.

-¿Qué pierna?

-Maldición, coge mi medicina.

-¿Qué pierna? –insistió ella.

-La izquierda.

Livia llevo sus manos a su rodilla.

Adron maldijo a medida que el dolor lo desgarraba.

-¡Alto! –gruñó él.

-Chist –dijo ella pacíficamente mientras masajeaba la rodilla.

Un extraño calor salió de sus manos, penetrándole la piel. Adron frunció el ceño mientras el dolor disminuía.

De repente, entonces, el dolor se fue completamente.

Por un minuto entero, se quedó allí, esperando a que el dolor volviera.

No lo hizo.

De hecho, no le dolía nada. Ni el pecho, ni el brazo, ni la rodilla. Nada.

-¿Qué hiciste?

-Solo es temporal –susurro ella-. Pero por unas horas, no te molestara en absoluto.

Adron no podía creerlo. Había aprendido a vivir en un estado de dolor constante, imparable. La agonía física era tan severa que no podía dormir más de un par de horas seguidas.

Hasta ahora.

La ausencia era increíble. Su corazón se hinchó de alegría. Era libre. Incluso si era solo temporal, aún podía tener un momento para recordar cómo había sido antes de que su cuerpo hubiera sido cruel, vengativamente destrozado.

Y todo era por ella.

Tiró de ella a sus brazos y besó sus hermosos labios.

Livia sintió su corazón golpeando bajo ella y oyó la risa en su voz.

-Gracias.

Ella sonrió. Hasta que él recorrió su cuerpo con besos. Livia gimió mientras el agudo placer se desgarraba a través de ella. Sus manos y su boca se sentían increíbles contra su piel desnuda.

Esto era bastante más de lo que había esperado. Krista le había dicho que un hombre que no la conociera se daría prisa con la acción, después la dejaría marchar.

Pero Adron se tomaba su tiempo. Parecía que realmente le gustara saborearla.

Era como si verdaderamente estuviera haciendo el amor con ella. Y ella se preguntó si él era así de tierno con una desconocida, ¿cuán más lo sería si realmente se conocieran?

Pero esta noche sería todo lo que habría alguna vez. Cuando todo terminara lo dejaría, y este momento no sería nada más que un querido recordatorio que ella llevaría consigo el resto de su vida.

Esta noche, solo estaban ellos dos.

Y ella lo celebraría.

Adron bebió el olor y el sabor de su piel mientras mordía la carne desnuda de su cadera. Su sabor era adictivo, y su olor...

Podría aspirar la esencia dulce de flores para siempre.

Sus manos suavemente acariciaron su pelo y su cuello de un modo que lo hizo arder. Nunca había tenido una noche como esta.

Una noche sin demonios. Sin recuerdos.

Ella lo absorbía y gustosamente se entregó a ella.

Era su ángel de misericordia, salvándolo de sus pecados. Salvándolo de su tristeza y su soledad. Atesoraría este momento tranquilo el resto de su vida. Lo calentaría y acompañaría cuando su cuerpo volviera a ser odioso.

Su corazón enternecido por ella, separó sus piernas y colocó su cuerpo entre ellas.

Livia se mordió el labio, esperando que entrara en su interior. No lo hizo. En vez de ello, besó descendiendo por su muslo mientras enterraba su mano en el centro de su cuerpo.

Ella siseó de placer por su toque. Era dulce felicidad, pura. Y se tomó su tiempo envolviéndola con sus dedos, explorando, acariciando, acariciando.

-Eso es –respiró él contra su pierna mientras ella se frotaba contra su mano-. No te avergüences.

Ella debería estarlo pero no lo estaba.

Al menos no hasta que él la tocó con su boca.

El ciego éxtasis la desgarró en pedazos.

-¿Adron? –Preguntó ella, su voz ronca y extraña-. ¿Se supone que debes hacer eso?

Él le dio un lametón largo, profundo.

-¿Se siente bueno?

-Oh, sí.

-Entonces se supone que debo hacerlo –sin otra palabra, la tomó con su boca.

Livia se contorsionó entre sus brazos mientras su lengua la atormentaba. Y cuando él deslizo un dedo en su interior, pensó que moriría de placer.

Kirsta le había dicho que debía esperar dolor, pero no había nada doloroso en sus caricias.

Nada salvo el cielo.

Ella echó su cabeza atrás mientras él movía su dedo en su interior, acercándose y acercándose, siguiendo el ritmo con su lengua. Asaltada por las fuertes emociones, fogosas, Livia sintió su cuerpo temblar y sacudirse como si tuviera mente propia.

Su éxtasis se remontó hasta que creyó que no podría aumentar más y después cuando estuvo lista para rogarle que se detuviera, su cuerpo se rompió.

Livia gritó cuando su liberación llegó dura y rápidamente.

Aún él siguió jugando con ella. Su dedo y su lengua le dieron placer hasta que su carne se puso tan sensible que no pudo seguir soportando sus caricias.

-Por favor –lloró ella-. Por favor, ten piedad de mí.

Adron se rió ante su tono, y se asombró del sonido. No podía recordar la última vez que había reído.

Se echó para atrás, pero siguió con su dedo dentro de ella por un instante más largo. Podía sentir su himen aun intacto. Su cuerpo ardía, exigiéndole tomarla.

Pero no podía hacer eso. Pero no le había hecho ningún daño verdadero. Una vez que rompiera esa barrera, no habría vuelta atrás. No ocurriría otra vez. Sería como cuando decidió...

Se sobresalto ante el recuerdo. Su vida se había arruinado por un acto impulsivo. No dejaría que ella arruinase la suya del mismo modo.

Ella era amable y dulce. Un corazón puro en un mundo de corruptos.

No echaría a perder eso.

Cerrando los ojos, se desconcertó por tener piedad de ella. Había hecho lo posible por volver y reinar en su cuerpo traidor.

Habían pasado años desde que había hecho algo noble. Años desde que había querido hacer algo noble.

Se agachó para recoger la manta y la tapó.

Livia hizo una pausa mientras él se tendía sobre su espalda y la mantenía cerca. Celebró el sentir sus brazos a su alrededor, pero no parecía que él fuera a hacer ningún movimiento para...

-¿Adron?

-¿Sí?

-¿No hemos llegado hasta el final, verdad?

Él frotó su mejilla contra su hombre.

-Te di tu placer, Livia. ¿Qué más quieres?

Ella comenzó a mirarlo, pero en la oscuridad todo lo que podía ver eran los vagos contornos de su rostro.

-Pero tú no... tú sabes.

-Lo sé.

-¿Por qué?

-Livia, ¿no crees que deberías esperar hasta encontrar a alguien por quien te preocupes?

-Me preocupo por ti.

Adron bufo.

-Aun no me conoces.

Ella movió sus brazos y llevó su mano contra su mejilla.

-Estás en lo cierto, no te conozco. Pero he compartido mi cuerpo contigo. Quiero que termines.

Él se apartó de ella.

-Livia...

-Adron. Si tú no lo haces, entonces seré metida a la fuerza en un matrimonio con un hombre mayor que mi papá. No quiero que él me toque del modo en que lo haces tú. Por favor, ayúdame.

Sus palabras lo desgarraron. Una imagen de Lia pasó como un relámpago por su mente. Él se había sometido a la costumbre Andarion para casarse con ella. Y ella le había mostrado un significado completamente nuevo de la palabra infierno.

Livia rozó con su mano su pecho, bajó por su estómago. Sus tripas se apretaron ferozmente ante su toque, Adron sintió sus uñas rozando el vello de sus piernas hasta que ella lo sujetó en su mano.

Su ingle se tensó e hinchó más incluso. En ese instante, supo que estaba perdido.

Y cuando ella lo besó, todo su mundo se vino abajo.

Livia no estaba preparada para su reacción. Él soltó un gruñido grave y la giró, inmovilizándola contra el colchón.

Él era salvaje e indómito mientras besaba sus labios, después sepulto la cara en el cuello de ella donde la lamió y bromeó con su carne, quemándola completamente.

Él alcanzó la parte baja de ella entre ambos, acariciándola hasta que ella perdió la razón, toda la cordura.

Después, él abrió más sus piernas. Ella sintió la punta de su virilidad contra su corazón.

En un gesto dulce, él llevó su mano a la suya y la sujetó por encima de su cabeza. La besó ligeramente en los labios, después se deslizó profundamente en su interior.

Mientras la llenaba, ella se mordió el labio inferior para evitar gritar por el dolor inesperado que se había metido entre su placer. Él era tan grande que su cuerpo dolía por la extraña sensación.

Pero al menos estaba hecho.

Ya no era una virgen.

Adron aguantó su deseo aún, esperando que el cuerpo de ella se ajustara a él. Lo último que quería era lastimarla, pero por la fuerte sujeción que ella mantenía en su mano, sabía que ella lo escondía.

También tenía mejor criterio que el de creer que alguien podía sentir placer y dolor al mismo tiempo.

Y se negaba a herirla esa noche.

A regañadientes, soltó su mano y se alzó sobre sus brazos para mirarla a los ojos. Estaba acostumbrado a la oscuridad. Tanto que vio como sus ojos estaban fuertemente apretados.

-No tengas miedo –susurro él, seguidamente bajó su mano por su cuerpo hasta tocarla entre las piernas.

Livia suspiró mientras su mano acariciaba su clítoris. El dolor menguó mientras una oleada de placer crecía.

-Eso es –dijo él. Después, lentamente comenzó a mecer sus caderas contra ella.

Livia se arqueó mientras el calor era eliminado por su ardiente contacto. Él se sintió tan bien en su interior y cada golpe parecía llegar más hondo mientras ella se pegaba a sus hombros anchos, musculosos. Nunca había imaginado que pudiera sentirse tan fantástico.

Adron observó su rostro mientras se entregaba a él. Apretó los dientes ante el sentimiento increíble. Ella estaba tan húmeda y caliente bajo y alrededor de él. Había olvidado el placer de estar entre los brazos de una mujer.

Había olvidado el sentimiento increíble de alguien que simplemente lo sujetaba en la oscuridad.

Él bajó y la atrajo a sus brazos donde acunó su cabeza entre sus manos. Su aliento cayó contra su hombro desnudo, quemándole.

Ella giró la cabeza para besar su cuello mientras corría sus manos sobre su espalda.

Él gruñó, se puso muy caliente por el placer de ello.

Livia pasó su pierna alrededor de su fina cintura. Él la sujetaba con tanta ternura que tocó muy profundamente el interior de su corazón. Krista le había dicho que él la usaría sin ningún sentimiento por ella.

Pero no se sentía así.

No por la forma en que él la sujetaba como si tuviera miedo de dejarla ir.

Él volvió a sus labios y ella gimió ante el sabor de su lengua. La acarició más rápidamente. Más profundamente. Más duramente.

Livia lo sujetó mientras su placer comenzaba de nuevo. ¡Oh Dios!, ¿Qué hacía él para que ella se sintiera así?

Y esta vez cuando llegó su liberación, él se unió a ella.

Él expresó su placer con un gruñido grave mientras daba el último y profundo golpe, y se estremecía entre sus brazos.

Adron se derrumbó sobre ella.

Completamente agotado, se colocó allí, sujetándola mientras comenzaba a flotar bajando del cielo a su cuerpo.

Eso en cuanto al sexo sin sentido. No había habido nada sin sentido en lo que habían compartido.

Y lo que más lo aterrorizó era el hecho de que no quería que ella se marchara.

No quería volver a la vacuidad desocupada de su vida. Había estado solo durante tanto tiempo. Había vivido sin nadie aparte de sirvientes y familia.

Pero ella había cambiado eso.

Él no quería volver.

-Eso ha sido asombroso –respiró ella contra su oído-. ¿Podemos hacerlo de nuevo?

Él se rió, y le asombró sentir que su cuerpo ya estaba duro.

-Sí, podemos.

De hecho, no se detendría hasta que ella volviera a suplicarle por clemencia.



## Capítulo 2

Adron se despertó lentamente con el sentimiento más increíble que alguna vez había conocido.

Livia a su lado.

Ella yacía acurrucada entre sus brazos, con su cara hacia él. No estaba muy seguro de a qué hora se habían dormido. Todo lo que sabía es que nunca había experimentado tanta paz. Tanto calor.

Y no había dolor. Ni médico ni mental.

Celebrando el momento, enterró la cara en su pelo e inspiró el perfume fresco, dulce de ella.

Su cuerpo despertó inmediatamente.

¿Cómo?

Tras la noche que habían compartido, debería haber estado saciado por días y aún así la deseaba ardientemente de un modo que era casi inhumano. No lo entendía.

Se apartó para besar su hombro, después se congeló al ver su piel en la luz débil de la mañana.

Frunciendo el ceño, pasó la mano sobre su hombro desnudo y las cicatrices feas de ella.

Ella había sido golpeada. Gravemente por el aspecto que tenían. ¿Era una esclava fugitiva?

Ella suspiró alegremente y se acurrucó contra él. Adron olvidó las cicatrices mientras su trasero chocaba contra su erección.

Apretó sus brazos alrededor de ella mientras abría sus piernas con su muslo. Que Dios le ayudara, pero quería más de ella.

Livia se despertó con la sensación de Adron a su espalda, llenándola de nuevo.

-¡Oh, mi Dios! –respiró ella mientras él se introducía dura y profundamente en su cuerpo.

Mordiéndose los labios, siseó de placer.

-¿No te cansas nunca? –pregunto ella con un indicio de risa en la voz.

-De ti, no.

Ella le sonrió ante eso. Nadie nunca la había hecho sentirse tan querida. Y tenía que admitir, una mujer podría acostumbrarse a despertar así.

Cerrando los ojos para saborear los golpes largos, deliciosos, se entregó a él. Llegó un instante antes que él.

Livia rodó para ver una sonrisa cortés en su cara mientras él clavaba sus ojos en ella.

-Gracias –dijo él-. Por todo.

Ella le devolvió la sonrisa.

-Gracias –colocó sus labios contra los de él.

Los sentidos de Adron se remolinearon mientras ahuecaba sus manos contra su cabeza. Definitivamente la mantendría en su casa durante el resto del día.

-Adron, no te lo vas a creer –declaró la voz de su padre en el mismo momento en que la puerta de su dormitorio se abría.

Mirándolos boquiabierto yaciendo entrelazados, su padre se congeló. Después, se desató el infierno.

Livia se sumergió bajo las sábanas en el mismo instante en que se oía una maldición pestilente.

Adron la miró asustada bajo las sábanas cuando seis hombres rodearon a su padre. Dos de ellos llevaban las túnicas reales Vistan, marcándoles como el Emperador y su heredero. Los otros cuatro llevaban el uniforme gris oscuro de los Guardaespaldas Imperiales.

-¡Os dije que era cierto! –gruñó el Vistan mayor. Sus ojos café oscuro se llenaron de odio mientras inclinaba la cabeza para contemplar al padre de Adron. Con seis pies seis, y un antiguo Asesino de la Liga, su padre no era del tipo de hombre a quien pudieras dirigir la palabra salvo en el más reverente de los tonos.

No a menos que quisieras morir, de todos modos.

-El informador estaba en lo cierto cuando dijo que su hijo salió con ella.

Adron arqueó una ceja ante la mofa desafiante en la cara del hombre. Y fue después que se dio cuenta de que el Emperador Vistan tenía el mismo tono y matiz de cabello que la mujer en su cama. Y mientras examinaba al Vistan mejor, vio más confirmación acerca de quién era Livia realmente.

¡Mierda!

-¡Putas! –dijo el hombre más joven mientras arrojaba hacia atrás las sabanas y agarraba a Livia.

Adron apartó la mano del brazo de ella y lo echó atrás con un empujón.

-Ella no hizo nada malo.

Olvidando su desnudez, Adron dejó la cama.

-La tocas y te arrancaré el corazón.

Había furia en la cara del hermano de ella, pero Adron vio el miedo en los ojos del hombre mientras ingería la altura, constitución y cicatrices brutales de Adron.

Su padre, sin embargo, no estaba tan intimidado.

-Cogedla –dijo él a sus guardas.

Livia bajó su cabeza mientras envolvía la sabana a su alrededor. Los guardias la levantaron de la cama y la obligaron a levantarse ante su padre.

A Adron le dolió la apariencia asustada de su rostro.

Su padre la recorrió con una mirada furiosa y mordaz.

-La modestia no es para una puta que abre sus piernas para un hombre que encuentra en la barra de un bar sucio.

Antes de que Adron supiera lo que iba a hacer, su padre tiró bruscamente de la sábana con la que se cubría.

-Sacadla y golpeadla.

-Maldito infierno –expresó Adron con un gruñido mientras agarraba al primer guardia y lo apartaba a empujones de Livia.

La llevo detrás de su espalda y recogió la sabana del suelo, después la envolvió alrededor de los dos. Livia se levantó así tan cerca de su espalda que él pudo sentir su estremecimiento.

Y eso lo enojó más.

Si su padre quería una pelea, estaba listo para dársela. Nadie la heriría por lo que había hecho. No a menos que quisiesen un sabor de él primero.

-Niño –gruñó su padre-. Este no es tu problema. Has hecho bastante daño.

Su padre dio un paso al frente.

-Lo que sea que le concierna a mi esposa, me concierne a mí.

Livia se congeló tan pronto como las palabras dejaron los labios de Adron. Anoche, ella no había sabido que él era el heredero Andarion. Pero sabía del Emperador Nykyrian Quiakides- habían llegado unos días después que ella y su familia.

Desde luego, era comerciar con el padre de Adron lo que los había llevado a Kirovar para empezar. Ahora que los dos hombres estaban juntos, veía las similitudes entre padre e hijo. Nykyrain tenía el mismo cabello rubio con canas, la misma mandíbula fuerte, esculpida. También compartían una misma altura y robustez.

-¿Es cierto? –exigió su padre encolerizado-. ¿Eres su esposa?

Livia tragó. Si decía que sí, la ley Andarion los reconocería como casados.

-Adron –dijo su padre severamente-. Hazle entender lo que estás haciendo.

Adron comenzó a afrontarla. Inclino su barbilla hasta que ella alzó la mirada a sus ojos azules fríos.

-Depende completamente de ti.

Consternada por su oferta, clavó los ojos en ella. Nunca había conocido a un hombre tan honorable. Podía haberla dejado afrontar la furia de su padre y aún le ofrecía un santuario.

-¿Estás seguro de esto? –susurró ella.

-No –dijo él con un indicio de su sonrisa-. Pero entonces, nunca he estado seguro de muchas cosas en mi vida.

Ella miro la cara furiosa de su padre, y a su hermano. Si fuera a casa, la golpearían hasta que se desmayara. Pero si se quedaba...

Ella no tenía ni idea de cómo sería.

Lo conocido o lo desconocido.

-Cogedla –ordenó su padre.

Adron se interpuso entre ellos.

-Nykyrian, decidle a vuestro hijo que se aparte. Interfiere en el negocio real Vistan.

Por primera vez, Livia notó las profundas cicatrices, furiosas que dividían en dos el cuerpo de Adron. Su espalda estaba completamente cubierta de ellas. Era como si alguien lo hubiera cortado en pedazos en algún momento.

Después, su mirada se fijo en el tatuaje del dragón y la daga en su hombro izquierdo que lo marcaba como un Asesino de la Liga.

Tembló. No sabía absolutamente nada de él.

Nada aparte de la dulzura de su toque. Nada aparte de la forma en que la había hecho sentir cuando la besaba. La forma en que la hacía sentir buscada. Segura.

Y en ese instante, tomó una decisión.

-Lo que me ocurra es asunto de mi marido –dijo ella quedamente.

La cara de su padre se endureció.

-Entonces tu relación con nuestra casa queda cortada –recorrió con la mirada a su hermano-. Ven, Prinam.

Los rasgos de su hermano se suavizaron un poco antes de que él se contuviera. Sin hablar, siguió a su padre fuera del cuarto.

Nykyrian dio un paso adelante con una luz divertida en sus ojos verdes.

-Hay cosas que deben correr por nuestra sangre.

Adron frunció el ceño.

-¿Perdón?

-Pregúntale un día a tu madre como terminamos casados –miro a Livia-. Mientras tanto, bienvenida a nuestra familia, nuestra Alteza.

El ceño fruncido de Adron se profundizó mientras miraba a su padre suspicazmente.

-Estás entendiendo terriblemente sobre esto. ¿Debería tener miedo?

Nykyrian se rió.

-Probablemente. Espero que esto signifique que te reincorporas al mundo de nuevo. Te hemos echado de menos.

Un tic comenzó en la mandíbula de Adron.

La cara de su padre era amable y no menos mordiente juzgante cuando sonrió a Livia.

-Sabes, tendrás que traerla al palacio para encontrar al resto de tus hermanos caprichosos.

-¿Y mamá?

Él inclinó la cabeza.

Algo extraño titiló a través de los rasgos de Adron. Algo que Livia no podía definir, pero se veía como si Adron quisiese evitar el ver a su madre.

-¿Cuándo?

-Esta noche.

-¿Jayce estará allí? –pregunto Adron.

-Es tu hermano.

El odio llameó en los ojos de Adron.

-Es tu hijo. Dejé de ser mi hermano el día que se negó a mantener el Código de la Liga.

Nykyrian suspiro, después miro a Livia.

-Espero que sepas que es lo que has conseguido.

Lo malo era que no lo sabía.

Nykyrian los dejó.

Ahora que estaban solos, la realidad de lo que había hecho cayó estrepitosamente sobre ella.

Estaba casada. Con un desconocido.

-Pues bien, esto es interesante –dijo Adron, comenzando a afrontarla-. No sé nada de ti, pero cuando fui al Golden Crona anoche, en ningún momento tuve la intención de encontrar una esposa.

Ella rió.

-Ya que estaba allí para evitar uno, honestamente puedo decir que esa idea nunca pasó por mi mente tampoco.

Él ahuecó sus manos en su cara, y sonrió con una sonrisa ardiente, con hoyuelos. Y cuando la besó, ella se estremeció ante la ternura de sus labios.

-Dios mío, sabes tan bien –dijo él mientras mordía la esquina de su boca-. Podría besarte para siempre.

El deseo la apuñaló con sus palabras.

-Sé que no eres tan malo –dijo ella.

Él se rió, después la alzó entre sus brazos.

Livia se quedó sin aliento ante la percepción inesperada de sus fuertes brazos rodeándola. Pero cuando llegó a la cama, él se tambaleó.

La agonía deformaba sus rasgos mientras la soltaba y caía de rodillas.

-¿Adron? –pregunto ella, arrodillándose a su lado.

Ella hubiera podía decir por su cara que él sentía demasiado dolor para hablar.

-Aquí –dijo ella-. Acuéstate en el suelo.

Ella lo ayudo a recostarse, después alzó su rodilla con su mano. Livia se esforzó al exigir sus poderes, pero se negaron a venir.

¡No!

Adron se detuvo cuando algo vil era como si se clavara en su cerebro. Se contorsionó por el dolor y a ella le dolió no poder ayudarlo.

Con su corazón martilleando, ella corrió a la mesilla de noche.

-El inyector –gruño él desde el suelo-. Hay una botella para eso en el cajón.

Livia los encontró y se los llevó.

Él colocó la botella en el inyector, después la sujetó contra su estómago y tiró del gatillo. El sudor empapaba su cuerpo mientras se estremecía.

Livia lo cubrió con una manta y después sujetó su cabeza sobre su regazo.

Adron intentó no oponerse al dolor. Lo hería menos cuando lo hacía y aun así lo destrozaba con algo parecido a una furiosa tortura que lo dejaba débil. Agotado.

Él se quedó con la mirada fija en Livia mientras ella rozaba su pelo con su mano y lo sujetaba.

Nunca antes había permitido a nadie acercarse cuando estaba así. No cuando tenía alguna opción en ello, de todos modos. Pero había algo en ella que apaciguaba su espíritu. Mejor todavía, no veía desprecio o lástima en su cara. Con una tranquila calma clavaba sus ojos verdes en él.

Tras algunos minutos, el dolor menguó lo suficiente como para que pudiera moverse de nuevo.

Se enderezó lenta, cuidadosamente, pero sintió como si cada músculo en su cuerpo hubiera sido destrozado de nuevo. Comenzó a empujarse sobre sus pies.

Ella se movió para ayudarlo.

-No lo hagas –dijo él con más rencor del que quería emplear-. Puedo levantarme solo.

Ella tomó su tono fiero en el acto.

-¿Puedo traerte algo?

-Una botella de alcohol –él se puso de pie contra la cama.

-Adron, es por la mañana. ¿No deberías comer algo?

Él se expresó con la furiosa mirada que siempre había hecho correr a toda velocidad a su familia alejándose de él.

-Consígueme algo de beber.

Ella se vistió, después volvió unos minutos más tarde con un vaso de leche.

-¡Maldición, Livia! No soy un niño.

-Entonces deja de comportarte como uno.

Antes de que pudiera responder, el timbre de la puerta sonó.

-¿Debería responder? –preguntó ella.

-Me importa un bledo lo que hagas.

Livia suspiró ante su tono hostil mientras él cambiaba de posición ligeramente en la cama. Fue a la puerta y la abrió para encontrarse con una morena alta y atractiva apenas vestida. La camisa corta y roja y la apretada falda de cuero negro hubiera hecho que los padres de Livia ardieran.

La mujer se quitó las gafas oscuras haciendo que Livia pudiera ver sus iris rojos y las pupilas blancas que la marcaban como una mujer Andarion de raza pura.

-Debes de ser Livia –dijo ella alegre-. Soy Zarina.

Livia arqueó una ceja.

-Adron es mi hermano –añadió ella-. Papá solamente dijo lo del matrimonio y tuve que venir a verte.

Dudando de qué hacer con esa extraña hermana, Livia la dejó entrar.

-Eres realmente bonita –dijo Zarina mientras entraba y dejaba caer el bolso en el sofá de Adron-. Pero no te hubiera catalogado como su tipo.

-¿Perdón?

-Adron siempre sintió debilidad por las mujeres rubias con piernas largas y la profundidad de una hoja de papel. Te ves como si realmente tuvieras cerebro y alma.

Livia arqueó una ceja ante sus palabras.

-¿Debería estar ofendida?

Zarina se rió.

-Por favor, no lo estés. Las únicas personas a las que ofendo a propósito alguna vez es a mis hermanos. Y hablando de ellos, ¿dónde está el gran y malo enfadado? Papá dijo que estaba realmente levantado y caminando sin su bastón.

Antes de que Livia pudiera responder, un golpe estruendoso sonó en el dormitorio. Fue corriendo con Zarina a un paso detrás de ella por Adron.

Tan pronto como entraron en el dormitorio, lo vio apoyándose con una mano en la mesilla de noche. Livia se quedó sin aliento al ver la sangre cubriéndole y cada vez que tosía, más sangre salía.

-Oh, Dios mío –dijo jadeante Zarina, corriendo hasta el comunicador.

Aterrorizada, Livia fue hasta su marido.

Él abrió la boca para hablar, pero solo escupió más sangre. Todo su cuerpo temblaba, cayó sobre su espalda en la cama donde se contorsionó en agonía. Cuando ella intentó tocarlo, él la apartó fuertemente.

-Una unidad med tech está en camino –dijo Zarina en el mismo instante en que se juntó con ellos.

Livia trabó la mirada con Adron. Vio el tormento y la vergüenza en sus ojos. Él estaba avergonzado.

Pero por su vida, no podría imaginar por qué.

-Él necesita vestirse –dijo a Zarina sobre su hombre.

Para cuando había pasado un paño quitándole la sangre y lo había vestido, llegó el equipo med tech.

-Necesito llamar a nuestros padres –dijo Zarina, dejando a Livia para ver como trabajaban en su marido.

Insertaron un tubo en la garganta de Adron y le pusieron otra inyección mientras iniciaban un IV. Él estuvo solamente allí y su aceptación tranquila a sus acciones le dijo a ella que estaba muy acostumbrado a esas cosas.

Querido Señor, ¿Qué le había pasado a él?

¿Era posible que fuera por lo que habían hecho? ¿El haber tenido sexo con ella casi lo mató? El pensamiento la horrorizó.

Mientras la camilla la pasaba, Adron le lanzó una mirada cansada, avergonzada, apartándola después.

-Vamos –dijo Zarina desde la puerta-. Te acercaré al hospital.

Livia la siguió hasta un vehículo y entró.

-¿Qué le pasó?

Zarina se sobresaltó como si los recuerdos fueran demasiado dolorosos como para mirarlos.

-Hace cinco años, Adron era el Asesino de la Liga que fue designado para matar a Kyr Omaindon.

Livia conocía perfectamente el nombre. La crueldad sedienta de sangre de Kir era de pesadilla. Había dejado un rastro de violaciones y asesinatos durante dos años en el sector Brimen.

Zarina se pasó la mano a través del pelo.

-Cuando Adron entró en la casa de Kyr para matarle, Kyr agarró a una de las sirvientas y se encerró dentro de su estudio. La mujer estaba embarazada, y Adron se culpó por dejar que la cogieran.

Livia recordó el famoso hecho por completo. Había sido cubierto durante horas por los medios. Y había acabado cuando un Asesino de la Liga permitió que lo esposaran, y después se vendió por la mujer embarazada.

Ahora sabía el nombre y la cara de ese asesino. Peor, conocía su toque dulce. Zarina recorrió los sectores abarrotados.

-Kyr decidió hacer un ejemplo con Adron. Quería asegurarse de que la Liga se lo pensaba dos veces el enviar a otro asesino detrás de él. Entonces, torturó a Adron durante días enteros, después lo cortó como si hubiera sido un asado. Una semana después de que Adron hubiera desaparecido, mi hermano Jayce lo encontró apenas vivo dentro de un basurero.

Livia parpadeó para alejar las lágrimas de sus ojos cuando imaginó lo que había sido para Jayce encontrar a su hermano en ese estado.

-¿Por qué odia Adron a Jayce?

-Porque, según el Código de la Liga, cuando un asesino encuentra a otro asesino que ha sido tullido o desfigurado, él –se supone- que lo mata. La idea es morir con honor y dignidad.

Livia se aclaró la voz mientras suspiraba por su marido y su familia.

-Jayce no lo pudo hacer.

-No, no pudo. Ambos eran demasiado cercanos. Pero, Jayce nunca nos hubiera podido afrontar si lo hubiera matado, o lo hubiera dejado morir –Zarina suspiró-. Deseo que hubieras podido ver a Adron como era antes –ella sonrió-. Siempre estaba corriendo

de acá para allá a gran velocidad, bromeando, riendo. Ahora, hay días en que no puede abandonar la cama por el dolor.

Livia recordó haber visto durante un momento a ese Adron juguetón anoche.

-¿Qué le sucedió a Kyr?

-Mi papá lo destrozó en pedazos.

Livia nunca había excusado ninguna clase de violencia, pero después de ver a Adron y el dolor constante en el que vivía, entendió la reacción de su padre. Ahora, solo quería hacerlo sentir mejor.

Solamente no sabía cómo.



### Capítulo 3

Adron apartó la máscara de oxígeno de su rostro.

Su médico le dirigió una mirada irritada.

-Debes dejarte eso, lo necesitas.

-No puedo respirar con eso delante.

-Apenas puedes respirar y punto –Theo volvió a su lugar la máscara de oxígeno.

Adron entrecerró los ojos, pero como siempre, a Theo no le importó. En los últimos cinco años, su lucha de voluntades se había vuelto legendaria en la fábrica de chismes del hospital.

Theo se pasó una mano por su pelo negro con canas mientras lo miraba ceñudo.

-No puedo creer que aun intentarais tener relaciones sexuales en vuestra condición. ¿En qué estabais pensando?

Adron se quito de un tirón la máscara.

-No soy un frígido eunuco.

-No, no lo sois –dijo Theo, devolviendo a su lugar la máscara-. Sois un hombre cuyos órganos internos están apenas juntos. Su funcionalidad es mínima en el mejor de los casos, y cualquier tensión en ellos puede matarle. Cuantas veces tengo que decirle que no podéis aplicar ninguna presión a vuestro abdomen.

-Pues bien, si tengo que morir, mejor me marchó con un buen estallido.

-No eres gracioso.

Su garganta tirante, Adron cerró los ojos. Una imagen de Livia navegó por su mente, y la maldijo.

Theo bloqueó su IV.

-No llevabas la abrazadera del pecho.

-Hace calor y me escuece.

-Te guste o no te guste, Adron, una mala caída y podrías romperte y colapsar cada hueso de tu pecho.

Adron se quito la mascarilla de nuevo.

-No me importa. No voy a llevar esa monstruosidad. Me hace parecer un fenómeno.

Theo puso los ojos en blanco.

-Un día, esa obstinación te matará –Con más brusquedad que antes, Theo volvió a su sitio la mascarilla-. Por el camino, hay una razón por la que no te doy una medicina que entumezca completamente el dolor. Necesitas sentirlo para saber las limitaciones de tu cuerpo herido. Dile a tu esposa que fue una idea bonita, pero que en el futuro mejor no la dejas ayudarte. No a menos que quieras convertirte en mi invitado permanente aquí en el Hotel Hell.

Theo se paró en la puerta y se giró para afrontarlo.

-Y la próxima vez que quieras tener relaciones sexuales, mejor encuentras un modo de hacerlo que no aplique ninguna presión a tu pecho o abdomen.

\*\*\*

-Oye, hermano mayor.

Adron abrió los ojos para ver a Zarina recostada en el cuarto. Trató de formar una sonrisa, pero no pudo.

-Theo me ha dicho que estabas bien para verte. ¿Cómo te sientes?

Zarina dio un paso indeciso dentro de la habitación, y fue después cuando vio a Livia detrás de ella. El deseo por su esposa hizo que el vello de su espalda se erizara. El vestido azul hacía que su piel resplandeciese y esos ojos grandes, gatunos que mostraban tanta ternura le hacían doler. Adron apretó los dientes mientras una oleada de deseo lo desgarraba. No podía tener la oportunidad de verla, sabiendo que era suya, y que nunca más podría tenerla. Era el golpe más cruel de todos.

-Vete –dijo él, girando la cabeza para no verlos.

-¿Adron?

El sonido de la suave voz de Livia lo arrolló como una tierna caricia y lo desgarró como glicerina en un vaso. Ella respondió al llamado y cuando la sintió tocar su brazo...

-¡Apártate de mí! –gruñó él, apartándola a la fuerza. Le dirigió una mirada furiosa a su herma mientras los monitores sonaban con mucho estruendo.

-Llévala a un abogado y divórcianos. ¡Ahora!

Theo llegó corriendo con dos enfermeras detrás de él.

-¡Fuera! –Les lanzo él la orden a las mujeres-. Les dije que no lo contrariaran.

Livia sintió una oleada de lágrimas al ver al doctor forzando a Adron a permanecer acostado y el sonido de Adron maldiciéndolos a todos.

Con la garganta apretada, contempló a Zarina.

-¿Qué hice?

-No eres tú –dijo ella, abrazándola cuando dejó el cuarto a su lado y se dirigieron al vestíbulo-. Adron solamente te culpa a ti de lo que Lia hizo.

-¿Lia?

-Su primera esposa.

Livia tropezó.

-¿El estuvo casado antes?

Ella inclinó la cabeza.

-Sí. Y ella fue una verdadera perra. Ya que era la heredera Hurís, su padre había negociado el matrimonio entre ellos cuando tuvieron veinte años. Lia solo estuvo de acuerdo porque quería un marido trofeo y como el oficial de menor edad en el cargo en la historia de la Liga y heredero del imperio de mi papa, Adron era un candidato de primera calidad para ella.

-Pero nunca se llevaron realmente bien. Tres semanas después de que hubiera sido encontrado, mi padre, mi madre y yo estábamos en su habitación del hospital, intentando darle motivos para vivir. De repente, ella apareció con los papeles del divorcio. Se los dio a él y le dijo que era demasiado joven para ser su niñera.

Livia estaba consternada.

-¿Cómo pudo ella hacer algo así?

- No tengo ni idea, pero aunque viva una eternidad, nunca olvidaré la mirada en la cara de Adron. Pero entonces, personalmente creo que es lo mejor que pudo ocurrir. Solamente deseo que la ogra hubiera tenido una mejor elección del momento –Zarina se detuvo y le dirigió una mirada dura-. Entonces, ¿vamos a una oficina de abogados?

Livia se mordió los labios indecisa. Adron había llegado tan al final que se preguntó si realmente estaría aún sano mentalmente. Las cicatrices físicas que conocía, eran las únicas que no la asustaban.

Ella registró los ojos de Zarina en busca de la verdad.

-Dime, ¿es psicótico o humillante?

-No. Pero está enojado y amargado. Nunca fue del tipo de persona que depende de alguien para algo. Le humilla cada vez que tiene que pedir algo.

Ella podía entender eso.

-Entonces, llévame a casa.

Zarina sonrió.

-Sabía que me gustabas por alguna razón.

\*\*\*

Livia pasó tanto tiempo como pudo enterándose de cosas sobre Adron mientras esperaba que volviera a casa.

Zarina y sus hermanos gemelos, Taryn y Tiernan, fueron una fuente de información. Y esa tarde, la proveyeron de una caja llena de discos para un holo-cubo. Sentándose a solas en el cuarto, arrancó un grupo de discos y los introdujo. El primero era de Adron con un hombre alto, de pelo oscuro. Parecía andar por los veinte. El largo cabello de Adron estaba suelto, resbalando por sus hombros mientras ambos jugaban a un juego de mesa. Maldición, pero apenas reconocía a su hermoso marido. Su cara intacta, sus ojos resplandeciendo como fuego azul.

-Vamos, Devyn, muévete.

-Déjame, Adron, estoy pensando.

-Sí, puedo ver el humo saliendo de tus orejas por la tensión.

Devyn le sonrió burlonamente.

Antes de que Devyn pudiera hacer o pudiera decir algo, el agua los tragaba a los dos.

Adron tendió las manos.

-¿Qué diablos?

Los hombres miraron como una niña, Zarina con diez años con una manguera.

-Oh, Rina –dijo Adron con un falso gruñido-. Vas a morir.

Dejando caer la manguera, Zarina gritó y corrió, pero Adron la alcanzó rápidamente.

-¡Tráela, Adron! –Livia reconoció la voz como Tiernan. Él debía ser el que firmaba-. ¡Hazle pagar!

Adron se echó a Zarina sobre un hombro mientras corría a través del patio con ella.

-Déjame en el suelo, matón demasiado crecido.

-Lo recibiste –dijo un instante antes de que la lanzase a la piscina.

Zarina ascendió chisporroteando.

-¡Oh, eso es! ¡Taryn!

Taryn fue corriendo. Cuatro años menor que Adron, Taryn tenía todas las extremidades larguiruchas. Su pelo color café oscuro estaba muy corto y sus ojos brillaban con travesura. Agarró a Adron por la cintura y ambos cayeron dentro de la piscina. Adron rompió la superficie del agua, riéndose. Taryn lo agarró por la espalda y lo mojó.

-¡No! –la madre de Adron, Kiara, gritó mientras corría a la piscina. Sus ojos estaban abiertos por el miedo, y su hermosa cara era severa-. ¡No, no jueguen así! Uno de vosotros podría herirse.

-Está bien, mamá –dijo Adron.

Kiara negó con la cabeza, haciendo que su larga trenza se derramara sobre su hombro.

-No, no lo está. No podría vivir si perdiera a uno de vosotros. Ahora, vengan aquí y dejen de divertirse.

Sometidos, los tres treparon la piscina. Sometidos hasta que Taryn se puso a la espalda de Adron y le bajó los pantalones. Livia miró boquiabierta la imagen de Adron completamente expuesto.

Entonces, su marido nunca había llevado ropa interior. Sonrió ante el conocimiento. Con una maldición, Adron se subió los pantalones con fuerza y corrió tras su hermano.

-¡Adron! –grito Kiara, pero la risa en su voz quitó la severidad a su tono-. No le hagas daño.

-No voy a herirle, voy a matarle.

-¡Mamá! –gritó Taryn. Llegó corriendo a su alrededor e interpuso a su pequeña madre entre ellos.

-Socorro.

-Adron –dijo ella agudamente.

Adron hizo una pausa mientras miraba con furia a su hermano.

-Está bien. En algún momento tendrás que dormir.

Livia se rió de su juego cariñoso y mientras veía más discos, se dio cuenta de que Zarina había estado en lo cierto. Adron era un alma amable, amante de la diversión. De algún modo, iba a encontrar y traer de vuelta a ese hombre al mundo.

\*\*\*

Fueron dos semanas, y tras operaciones más antes de que Theo finalmente permitiera a Adron abandonar el hospital. Todo lo que quería hacer era ir a casa y estar solo. No quería ver la lástima en la cara veteada en lágrimas de su madre. Ver la culpabilidad en los ojos de su padre.

Solamente quería paz.

Su hermano, Tiernan, se movió para ayudarlo a moverse. Adron le dirigió un semblante ceñudo que lo hizo echarse atrás.

-Maldición, deberías embotellar esa mirada. Conozco ejércitos que pagarían una fortuna por tener algo tan tóxico en su arsenal.

Adron salió con tranquilidad aunque la tensión de ello lo hizo sudar.

-¿Por qué estás aquí?

-Papá quiso que me asegurara de que llegabas a casa de modo seguro.

-Estoy en casa, ahora vete.

-¿Por qué querría hacerlo? Digo, maldición, que el cielo prohíba que este alrededor de alguien a quien realmente le guste.

Ignorándole, Adron consiguió llegar hasta el ascensor e hizo su mejor intento para no recordar quien había estado con él la última vez que lo había tomado.

Livia.

Su nombre y su cara aún lo hechizaban, a pesar de sí mismo, se preguntó dónde estaría ella. Que estaría haciendo.

-No me importa.

Tiernan entró en el ascensor a su lado.

-¿Qué fue eso?

-Nada.

Adron no habló hasta que estuvo de regreso en su apartamento. Cojeó hasta la barra, y fue a buscar algo para beber. Pero no había nada allí.

-¿Maldición, cuál de vosotros hizo esto? –le gruñó él a Tiernan.

-Yo lo hice.

Él se congeló ante el sonido de la voz de Livia a su espalda.

-¿Qué haces aquí?

-Vivo aquí.

-Y un infierno lo haces –Él se volvió a su hermano-. La quiero fuera de aquí.

Tiernan se encogió de hombros.

-Según tus palabras, ella es tu esposa.

-Tiernan –dijo él en tono de aviso.

-Adron –él le devolvió el disparo.

Livia respondió al llamado y a todas luces, no se veía ni un poco estremecida por su cólera.

-Gracias por traerle a casa, Tiernan. Creo que lo puedo manejar aquí.

Tiernan arqueó una ceja con duda.

-No sé si estará bien dejarte sola con su misericordia. Puede sacar sangre con esa lengua.

-Estoy acostumbrada a que las personas me insulten. –Ella le dirigió una mirada significativa a Adron-. Así como a no ser deseada. Te lo prometo, no hay nada que Adron pueda decir que me haga llorar.

Y en ese momento, Adron se sintió deprimido. Nunca había querido herirla. Marchándose dando media vuelta, se dirigió hacia el dormitorio. Livia le dijo adiós a Tiernan, después fue detrás de Adron. A pesar de sus valientes palabras, estaba aterrorizada. Pero entonces, estaba acostumbrada a vivir con el miedo, también. Al menos Adron no la golpearía. Él estaba tumbado con el brazo sobre los ojos.

-¿Tienes hambre?

-No.

-Bien entonces.

-Quiero estar solo.

-Me parece que has pasado demasiado tiempo a solas.

-Maldición, ¿Por qué estas aún aquí? ¿Por qué no hiciste lo que te dije?

Ella inspiró profundamente y contó para tener paciencia.

-Porque no tengo ningún sitio al que ir. Mi papá me ha echado.

-Si es cuestión de dinero...

-No quiero dinero –dijo ella severamente.

-¿Entonces qué quieres?

-A ti.

Él se quito el brazo lentamente y la miró.

-Debes de estar loca.

-¿Por qué? ¿Por qué quiero estar contigo?

-Sí.

Ella se movió para sentarse en la cama.

-Sabes, mientras hacíamos el amor, sentí una conexión contigo. ¿La sentiste, también?

-No.

-No te creo. Fuiste demasiado tierno. Me sujetaste demasiado cerca. Podría ser inocente, pero no soy estúpida. Sé que los hombres no tratan a las mujeres de ese modo.

Él le dedico una mirada fija risible.

-¿Y cómo sabes eso?

-Zarina me lo dijo.

Él hizo una mueca.

-Oh, bien. ¿Discutiste con mi hermana recién nacida?

-Ella me explicó mucho.

-Puedo imaginármelo.

-¿Entonces, simplemente nos quedaremos sentados adentro durante todo el día?

-No, vas a salir.

-Saldré cuando tú lo hagas.

Él le gruño.

-¿Tienes una idea de cuánto dolor siento? Duele incluso respirar, de modo que no me prestes atención, solo quiero estar aquí acostado en silencio.

-Estupendo –ella se levantó y saco un holo-cubo pequeño de la mesilla de noche-. Solamente deseo mostrarte esto.

Adron frunció el ceño mientras ella le daba el cubo y lo encendía. La estática titiló hasta que apareció la imagen de una mujer morena y una niña, rubia.

-Hola, Comandante –dijo la mujer, sujetando a la niña entre sus brazos-. Esta es mi hija, Alycia. No sé si me recuerda o no, pero soy la mujer que salvo de Kyr y esta es la niña que tuve seis semanas después. Di hola, Alycia.

-Hola, Comandante –la niña gesticuló con las manos-. Gracias por salvar a mi mamita y a mí.

Livia observó como la agonía recorría su cara a medida que la mujer y la niña le hablaban. Después, él gruñó y tiró el holo-cubo contra la pared, destrozándolo.

-¡Adron! –chasqueó ella, perdiendo la paciencia con él.

Él se giró contra ella con un cruel gruñido.

-¿Qué? ¿Pensabas que mostrándome esto harías que todo se viera bien? Creíste que las miraría, después lloraría y le diría lo alegre que estoy de que estén vivas mientras yo estoy atrapado así? ¿Qué de los niños que yo deseaba? —el sufrimiento que amargaba sus ojos la abrasó -. Dios mío, Livia, solo tengo veintinueve años y todo lo que tengo para mirar es un futuro en el que lentamente, dolorosamente, me convertiré en un inválido.

Sus palabras hicieron que las lágrimas acudieran a los ojos de ella. Estúpidamente había creído que le haría sentirme mejor.

-Lo siento —susurro ella-. Solamente quería ayudar. ¿Pero no dejarás que nadie te ayude, verdad? —ella se giró y salió corriendo de la habitación.

Livia no se detuvo hasta llegar al cuarto de estar. Se acurrucó haciéndose una pelota en el sofá y se mordió los labios para contener las lágrimas. Ella no lloraba. Pero en su interior, le ansiaba. Dolía ver lo que había sido una vez. Incluso ahora le podía ver riendo y jugando con su hermana y hermanos. Como deseaba haberlo sabido.

Repentinamente, ella sintió una mano en la cabeza. Alzando la mirada, encontró a Adron de pie al lado del sofá. Su frente estaba húmeda y vio la blancura de sus labios mientras luchaba contra su dolor.

-Lo siento —dijo él, su voz ronca-. Sé que solo querías ayudar. Pero traspasé el punto de ayuda hace mucho.

El cambió de posición y se sobresaltó.

-Mira, sé sobre las personas y sus costumbres, y sé que te criaste dentro de una jaula. Lo último que necesitas es ser encarcelada con un hombre que apenas puede caminar. ¿Por qué simplemente no te vas y consigues tu lugar y vives? Estaré encantado de ponerte en todas mis cuentas. Nunca querrás otra cosa.

Era una gran oferta la que le hacía. Pero aún no podía aceptar.

-No puedo hacer eso.

-¿Por qué no?

-Porque te amo.

## Capítulo 4

Adron no podría haber estado más aturdido aunque ella se hubiera levantado y le hubiera abofeteado.

-¿Cómo podrías? No me conoces aún.

-Sí, lo hago. Intentas y escondes lo que eres, pero lo veo. Brilla a través de ti.

Él la miro ceñudo.

-¿Y eso es?

-Que tienes buen corazón.

-No tengo ningún corazón. Lo que tengo es un substituto mecánico que bombea la sangre en un cuerpo roto.

Ella se levanto del sofá.

Adron se sobresaltó cuando ella le tocó. Dios mío, como deseaba besarla. Ella le cogió de la mano e hizo que mirara la habitación.

-Zarina me dijo que incluso algunas veces te duele sentarte, de modo que pensé hacer algunas modificaciones.

Él clavo los ojos en el pequeño sofá nuevo. Era dos veces mayor que el antiguo y se parecía a una camita. Ella había amontonado algunas almohadas en él. Adron se sentó y se apoyó contra las almohadas, asombrado de lo bien que se sentía así.

Hasta que Livia se sentó a su lado. Al instante su cuerpo reaccionó a su cercanía.

-Me matas –susurró él.

-No quiero matarte –ella se inclinó hacia delante y capturó sus labios con los suyos.

Cerrando los ojos, él saboreó su sabor. En las últimas dos semanas había hecho poco más que soñar sus besos. Soñar con tocarla. Ella recorrió con sus manos su cuerpo, haciéndole arder aun más.

Y al tocar ella su erección, maldijo.

-Livia, detente. No puedo hacer el amor contigo.

Ella le sonrió dulcemente.

-No hay problema. Yo te hago el amor a ti.

Él frunció el ceño mientras ella comenzaba a desabotonarle la camisa.

Adron abrió la boca para protestar, pero entonces ella bajo la cabeza a su cuello. Siseó al sentir su lengua lamiendo su piel. Y mientras mordía y chupaba su carne, ella desabrochó sus pantalones, deslizando la mano debajo, y cogió con su mano su eje hinchado. Con la cabeza ligera, no podría hablar mientras ella le acariciaba. Ni moverse.

Adron tembló mientras ella dejaba una ardiente huella en su pecho con su boca. Lentamente, cuidadosamente. Su caricia le producía ampollas y profundizaba más allá de su piel. Tocaba su alma. Con sus ojos entrecerrados, la observó mientras lamía y mordisqueaba la carne de su estómago, y cuando lo llevó a su boca, pensó que moriría de placer.

Su oscuro cabello estaba derramado en su regazo y enterró la mano en sus suaves rizos. Adron apretó los dientes mientras su lengua y boca le masajeaban. Ella era implacable saboreándole.

¿Por qué hacía esto por él?



*Te amo.*

Las palabras le desgarraron. Ninguna mujer le había dicho nunca eso. Solo ella. Y por su vida, no podía entender que había en el que ella encontrase amable. O simplemente deseable. La mujer estaba loca. Pero ella le tocaba en un nivel que era difícil de explicar. Un nivel nunca antes tocado. Echando la cabeza hacia atrás contra las almohadas, Adron gruñó mientras se liberaba dentro de su boca. Aún, ella no se apartaba. No hasta que el estuvo completamente débil y agotado.

Él clavó los ojos en ella temeroso.

-No puedo creer que hicieras eso por mí.

-Te lo dije, Adron, te amo. Haría cualquier cosa para hacerte feliz.

-Entonces, bésame.

Ella lo hizo.

Livia gimió mientras él introducía la mano bajo su camiseta y suavemente apretaba su pecho. Reforzando sus brazos a cada lado de él, cuidadosamente lo montó a horcajadas asegurándose de no ejercer ninguna presión en su pecho o abdomen. El doctor había sido explícito en las advertencias.

Adron ahuecó con la mano la parte de atrás de la cabeza de ella mientras soltaba su protección.

-Amo la forma en que te sientes entre mis brazos –susurró contra sus labios-. Amo el modo en que tus mejillas se ruborizan y tus ojos brillan.

La mano de él bajo rozando sus pechos, su estómago plano y el vello donde ella le deseaba.

-Y amo el modo en que te ves cuando llegas por mí.

Él le dio una tierna sonrisa.

-Haces que me sienta como un hombre de nuevo, Livia. Me curas.

Desvergonzadamente, ella se frotó contra él. Y cuando ella llegó, gritó.

Adron sonrió entonces, y la sujetó cerca de él.

Pasaron el resto del día en la cama, en los brazos del otro, acariciando y siendo acariciados, y hablaron de nada de importancia. Fue el mejor día de la vida de Adron, y la mantuvo abrazada hasta las últimas horas de la mañana por miedo a que finalizara.

\*\*\*

A ese día le siguieron otros tres de alegría.

Adron estaba todo el tiempo asombrado con el destino que había dejado caer a esta milagrosa mujer en su vida. Era divertida, inteligente e increíble de un modo que le causaba dolor. Como deseaba ser el esposo que ella merecía. Le atormentaba pensar como pasaría el resto de su vida atada a él.

-Hola.

Alzó la mirada del libro que estaba leyendo para verla a ella en la puerta. Su pelo aun estaba mojado por el baño y sus ojos brillaban de picardía.

-Hola –dijo él reservadamente, dudando de que podría prever la mirada para él. Ella anduvo hacia la cama lentamente.

-¿Te gustaría salir un poquito hoy?

Sí, lo haría. Más de lo que ella sabría alguna vez.

-No puedo.

-Vamos, Adron. Dijiste que tu terapeuta dijo que necesitabas ejercicio.

-Hoy no. Mi pierna está demasiado tiesa. ¿Por qué no llamas a Zarina?

-Porque prefiero estar contigo.

La mujer era la mayor tonta que él había conocido nunca.

Se sentó en la cama al lado de él.

-Aquí –coloco las manos en la rodilla de él.

Adron se tensó mientras el calor penetraba en su pierna.

-¿Cómo haces esto? –pregunto mientras el dolor disminuía.

-Mi madre me enseñó. Viene de un largo linaje de sanadores –suavemente masajeó su rodilla y su pierna-. Desearía llevarte a ella. Podría curarte en un segundo.

-¿De verdad?

Ella le miro de reojo.

-¿No me crees?

-Solamente déjame decirte que tengo una gran dosis de escepticismo. Solo creo en lo que puedo ver y tocar.

Ella puso los ojos en blanco.

-¿Te sientes mejor ahora?

-Sí.

-Entonces, ven conmigo.

¿Cómo podía decirle que no? Además, odiaba estar todo el tiempo en casa. Dejó la cama, pero no había ido muy lejos antes de que ella le detuviera.

- Aún tienes que usar el bastón. No te quiero de regreso en el hospital.

Él le gruñó mientras ella se lo daba.

-Odio esa cosa.

-Lo sé –ella le envolvió con sus brazos y lo sacó por primera vez desde que había vuelto del hospital.

-¿Entonces, a dónde vamos? –pregunto él.

Ella llamó a un transporte.

-Quiero ir al parque.

-¿Por qué?

-Porque, y sé que esta es una idea nueva para ti, pero en verdad podríamos divertirnos.

Él tocó su mejilla y miró sus ojos que brillaban de vida.

-Nunca le he permitido a nadie hablarme como tú lo haces.

-Eso es lo que Zarina dijo anoche. También dijo que estaba asombrada de que aún estuvieras vivo.

Él se rió mientras subían al vehículo. Una vez que llegaron al parque, permitió que Livia le llevara hacia el estanque.

-¿Te apetece probar un “Vapor de ruedas”? –preguntó ella.

-Soy demasiado viejo para un “Vapor de Ruedas”-

-Tienes veintinueve, Adron. No eres un anciano ni con la imaginación más exagerada.

-Soy demasiado viejo para un “vapor de ruedas” –repitió él-. Y si fuera contigo, de todos modos no podría manejar los pedales.

-Yo lo haré.

-No estoy indefenso.

Ella le miro furiosa.

-Lo sé. Está bien que los demás te ayuden de vez en cuando, Adron. ¿Por qué te da tanto miedo eso?

Él apretó con fuerza los dientes, y apartó la mirada. Ella le cogió la barbilla con la mano y giró su cabeza para encontrarse con su mirada inquisitiva.

-Respóndeme.

La furia nubló su visión mientras la agonía en su interior se enroscaba.

-¿Quieres saber qué es lo que temo? Tengo miedo cada mañana cuando despierto de que ese sea el día en que ya no pueda moverme. Sé que va a llegar. Es solo cuestión de tiempo hasta que no me quede otro remedio, como no sea tener a alguien que me arrope, que me alimente. Que me cambie el pañal. Y no puedo soportarlo.

-¿Entonces, por qué no te matas?

-Porque cada vez que pienso en hacerlo, puedo oír a mi familia rezando por mí mientras estaba en el hospital. Oigo a mi madre llorando, a mi padre rogando que no muera –él tragó-. Nunca les heriría a propósito de esa manera.

El amor que había en sus ojos le quemó.

-Eres el hombre más fuerte que he conocido.

-Quieres decir el tonto más débil.

Ella negó con la cabeza y le dirigió una tierna sonrisa.

-Ven, esposo –ella le llevó hasta los vapores a ruedas.

A regañadientes, él subió a uno y dejó que ella les llevase al centro del estanque.

-Es un bello día, ¿no? –preguntó ella. Adron se tumbó y clavó los ojos en el cielo. El azul claro estaba cubierto por nubes suaves, blancas y se sentía bien el calor del sol en su piel.

-Está bien.

Ella puso los ojos en blanco.

-Eres un gran pesimista.

A pesar de sí mismo, Adron recorrió con una mano el brazo desnudo de ella que se encontraba descubierto gracias a su vestido sin mangas. Toco la débil cicatriz y frunció el entrecejo.

-¿Quién te pegaba?

-Mi papa.

-¿Por qué?

Ella se inclinó hacia adelante y susurró como si estuviera compartiendo un gran secreto con él.

-No suelo hacer lo que otras personas quieren que haga.

-Me di cuenta –pasó su mano por el cabello de ella-. Pero creo que me gusta eso de ti.

Ella sonrió, y al momento el día se volvió más luminoso.

Livia observó como Adron se encontraba recostado sobre los codos mientras la miraba. Su camisa blanca estaba tirante sobre los músculos de su estómago y pecho. Sus anchos hombros estaban echados hacia atrás y sus bíceps flexionados con la promesa de fuerza y poder. El viento jugaba con su cola de cabello rubio blanquecido. Dios, él era hermoso incluso con la cicatriz en su mejilla.

-Dime algo –pregunto ella mientras paraba de pedalear-. ¿Por qué un heredero real estaba en la Liga?

Él suspiró.

-No fui un heredero hasta después de alistarme.

El conocimiento la asombró.

-¿No?

-Tenía una hermana mayor –el dolor en su rostro era profundo, incluso mayor que el que se veía a causa de su cuerpo herido.

-Lo lamento. Que le pasó?

-Ella y mi padre pelearon sobre la elección de esposo de Thia. En un arranque de furia, ella salió del palacio y desapareció. Mi padre ha intentado encontrarla durante todos estos años, pero aún no hemos tenido ni una noticia suya.

Ahora todo tenía sentido para ella. Esa era la verdadera razón de que él no se hubiera suicidado. Su familia ya había perdido a uno de ellos, y había visto su tristeza de primera mano. La había sentido él mismo.

-La echas de menos –dijo ella, notando la agonía en sus ojos.

-Bastante. Ella solía tumbarme en el suelo.

Ella sonrió ante el tono azuzador en la voz de él.

Él suspiró.

-Era la mejor confidente que tuve mientras crecía. Podía decirle cualquier cosa y saber que nunca llegaría a oídos de mis padres.

Ella extendió la mano y cogió la de él.-

-Dime algo, Adron. Algo que nunca, compartiste con otra persona. Ni siquiera con Thia.

-Soy a quien Zarina pegó al inodoro cuando ella tenía siete años.

Livia se echo a reír.

-Estoy serio.

-Yo, también. Había tenido la intención de atraer a Jayce, pero ella salió corriendo de la habitación y se topó con él antes de hacerlo. El pobre Taryn terminó llevándose la culpa de esto.

-¿Y nunca confesaste?

-Si alguna vez hubieras visto a mi padre realmente enojado, sabrías la respuesta a eso. Tenía solo trece años y mi padre era un gigante para mí por entonces.

-¿Entonces, que pasó con Taryn?

-Se le prohibió jugar a la pelota durante todo el verano.

Livia frunció el ceño.

-Ese no parece un castigo tan malo. ¿Por qué tenías miedo de reconocerlo?

-Sabía que mi papá me castigaría el doble de fuerte no sólo por hacerlo, sino por dejar que otra persona cargara con la culpa. Mi papá es un verdadero creyente en la justicia –apretó su mano- Fue una cosa cobarde, lo sé, y pasé todo el verano quedándome en casa con Taryn para resarcirle.

-¿Supo que lo habías hecho tú?

Él negó con la cabeza.

-No. Ese siempre ha sido mi secreto.

Y también era el de ella ahora.

-¿Y tú? –pregunto él-. Dime que te hizo correr al Golden Crona.

Su cara se enrojeció.

-Era horrendo. Mi padre iba a casarme con Clypper Thoran.

-¿El Gobernador de Giradonal?

-Sí.

Adron frunció el ceño mientras clavaba los ojos en ella.

-Dios mío, ¿el tiene cuántos...? ¿Cien años?

-Ochenta y dos.

Su mandíbula cayó mientras se estremecía.

-¿Tu padre iba a casarte con un hombre de ochenta y dos años?

Ella asintió con la cabeza.

-Quiere un acuerdo comercial con ellos, y Clypper quería una esposa joven.

-No es extraño que no te preocuparas por cómo estaba yo –dijo Adron con un bufido-. De una manera o de otra, ibas a terminar como la niñera de algún hombre.

Entonces ella perdió los estribos con él.

-Sabes, estoy cansada de que te tengas lástima a ti mismo, Adron. En lugar de pensar en todas las cosas que ya no tienes, deberías concentrarte en lo que tienes.

-¿Y qué es eso?

-Una familia que te quiere. Y aunque tu cuerpo está dañado, tu mente no lo está.

-Si, de acuerdo, pero estar atrapado en un cuerpo inválido es mi peor pesadilla.

Livia le miró con furia.

-Peor es estar mal de la cabeza. Mi mayor miedo es terminar como un vegetal en un cuerpo entero, sano. Entonces, desde donde estoy sentada creo que no tienes demasiado por lo que quejarte.

Su ceño se hizo más profundo.

-¿Por qué temerías algo parecido?

-Vi morir a mi abuela de esa manera. Fue terrible. Ella estaba tumbada en una cama de hospital, enganchada a monitores y máquinas durante casi un año hasta que la dejaron morir.

-¿Por qué lo hicieron?

-Porque no podían dejarla ir –su mirada se hizo más intensa-. Si tu mente se va, Adron, ya no podrás estar conmigo. No podrías ver el cielo, ni oír a los niños reír ni nada. Estarías atrapado en una oscuridad fría y horrible.

-¡De acuerdo! –dijo él, deseando que la conversación terminara. Era demasiado horrible para pensarlo-. Mostraste un buen punto –ella obviamente lo había pensado mucho-. Estás en lo cierto, soy un bastardo autocompasivo. Pero me esforzaré en serlo menos.

-¿Lo prometes?

-Con tal de que estés conmigo, sí.

\*\*\*

Las semanas pasaron mientras Adron intentaba mantener la palabra que le había dado a ella. Unos días eran más fáciles que otros. Y hoy era especialmente difícil.

-Vamos, Adron –dijo su terapeuta mientras aumentaba el peso en su pierna-. Puedes levantarlo.

Rechinando los dientes contra el dolor, odió el tono sobre protector que usaba Sheena siempre. Como si fuera una madre que tuviera que persuadir a un niño con ruegos.

-Eso es. Estás bien. Eres un buen niño.

-Vete al infierno –gruñó él.

-¡Adron! –Le dijo bruscamente Livia mientras se levantaba a su lado-. Compórtate.

Adron frunció los labios. Esta era la primera vez que había permitido que Livia le acompañara a la terapia en el hospital. Y si ella seguía con ese tono, sería la última.

-Está bien –dijo Sheena-. Me lo dice bastante.

Livia extendió su mano y cogió la de él. El corazón de Adron latió aceleradamente ante la dulzura de su contacto.

Dios mío, había llegado a necesitarla tanto. Se había vuelto dependiente de ella y aterrado por lo más mínimo.

-Se agradable –dijo ella.

Deteniéndose sobre su corazón, él asintió con la cabeza. Y entonces levantó la pierna.

-Mira, sabía que podías hacerlo.

Ignoró a Sheena.

-De acuerdo, vamos a intentar algunos estiramientos.

Adron soltó a Livia y se enderezó lentamente. Pero antes de que estuviera enderezado, sintió el familiar ardor en el pecho. Dos segundos después, su nariz comenzó a sangrar y escupió sangre.

-Maldición –gruñó él mientras Sheena agarraba una toalla.

Él volvió a tumbarse mientras Sheena iba corriendo en busca de Theo.

Livia apartó su cabello húmedo de su frente. La ternura de su caricia y su mirada le quemaron. Y le hicieron desear amarla como ella se merecía.

-¿Estás bien? –preguntó ella.

-Simplemente me destrocé otro órgano interno. Quién sabe cuál. Si tenemos en cuenta que todos están desechos, podría ser...

Su voz se cortó mientras Theo entraba con una camilla y tres enfermeros.

-Sabes, Adron –dijo Theo mientras los ordenanzas le cogían y lo ponían sobre la camilla-, si quieres pasar la noche conmigo, hay maneras más fáciles de conseguirlo. Solamente deberías preguntar.

A él no le hizo gracia la broma de Theo.

-Quiero ir a casa.

-Quizás mañana –Theo le puso una máscara de oxígeno.

Adron se la arrancó. Livia se la volvió a poner. Adron encontró su mirada.

-Llamaré a tus padres –él sujetó su mano, ella caminaba al lado de la camilla mientras Theo le empujaba por los familiares vestíbulos.

Cuando llegaron a la sala de exploraciones, Adron la soltó a regañadientes. El corazón de Livia era pesado mientras observaba como se cerraban las puertas detrás de él. Como deseaba tener los poderes de curación de su madre. Su madre podría curarle por completo. Ella también podría. En verdad, pero de hacerlo, le perdería para siempre.

\*\*\*

Adron pasó dos días en el hospital antes de que Theo le dejara ir a casa de nuevo.

Mientras había estado en el hospital, Livia se había quedado durante todo el tiempo a su lado y aunque era egoísta de su parte, le gustó.

Tan pronto como volvieron a su apartamento, fueron a la cama y no salieron a no ser que fuera para atender las necesidades básicas como el comer y el beber.

\*\*\*

Livia se despertó lentamente. Parpadeo para aclarar su visión para encontrarse tumbada en la cama, envuelta en los brazos de su marido. Adron aun dormía, pero aún así, la sujetaba fuertemente como si temiera que ella desapareciera. Sonriendo, cogió su mano y depositó un beso sobre sus nudillos con cicatrices. Después, escuchó a alguien en el cuarto siguiente. Al principio, imaginó que era la mujer de la limpieza que venía dos veces a la semana, hasta que escuchó que Taryn llamaba a Adron.

-Escucha, flor –dijo él abriendo la puerta-, necesito... -Taryn los vio a ambos acostados en la cama desnudos y se giró dándoles la espalda-. Lo siento, Livia –dijo él-. Imaginé que a las tres de la tarde ambos estarían levantados.

Adron frotó la mejilla contra el hombro de ella mientras se despertaba.

-Tengo que aprender a cerrar mi puerta –dijo él.

Ella se rió.

Taryn bufó.

-Voy a salir y esperar hasta que os vistáis.

Adron se pasó la mano por el pelo y ella sintió su erección contra la cadera.

-¿Por qué no sigues andando hasta que llegues al otro extremo de la puerta principal?

-Jajaja –dijo Taryn mientras cerraba la puerta-. A propósito, tu esposa tiene un gran cuerpo.

El calor estalló en su rostro.

Adron la miró ceñudo.

-Da la orden, y lo mataré para ti.

Ella le sonrió.

-Está bien, si lo hicieras, Tiernan le echaría de menos.

Adron se giró lentamente e intentó alcanzar su inyector y su medicina de la mesita de noche.

Livia se encogió de miedo al ver como él se pinchaba en el estómago. Como deseaba que no tuviera que hacerlo cada pocas horas. Por desgracia, tendría que hacerlo durante el resto de su vida. Con sus rasgos tensos, él abandono la cama y se vistió. Mientras él se iba a hablar con su hermano, ella se dirigió al cuarto de baño para una ducha. Se tomó su tiempo, dejando que el agua caliente cayera sobre ella, hasta que sintió a alguien mirándola. Girándose, vio a Adron apoyado contra la pared, clavando los ojos en ella.

-Me asustaste .dijo ella mientras el agua caliente se deslizaba contra su espalda.

-Lo siento, solo desearía poder unirme a ti.

Le asombraba lo bien que se sentía alrededor de él. Hacía mucho que había dejado de molestarla estar desnuda ante él. Como lo hizo la suya. De hecho, había aprendido cada hendidura y curva de su leonina carne. Cada cicatriz.

Miró hasta la bañera que estaba a unos pasos.

-¿Quieres que me una a ti?

Él sonrió.

-Sí.

Livia cortó el agua, después llenó la bañera de agua. Adron se metió primero, después tiró de ella sobre él.

-¡Cuidado! –le aviso ella mientras el miedo la traspasaba-. No quiero herirte.

-Nunca podrías herirme –dijo él, entonces reclamó sus labios con los de él.

Livia gimió. Oh, pero nunca se cansaba de sus besos. Sus caricias. Echándose hacia atrás, Adron clavó los ojos en ella temeroso. Sus labios estaban hinchados por sus besos y sus mejillas enrojecidas por su barba. Él recorrió con su mano su piel lastimada.

-Lo siento –dijo él, intentando coger su cuchilla de afeitar del hueco en la pared que había sobre su cabeza.

Ella se sentó a su lado, observando cómo se afeitaba ceñuda.

-¿No sería más fácil con un espejo.

-Probablemente.

-Entonces, ¿Por qué no usas uno?

Él se detuvo y apartó la mirada de ella.

-No me gusta mirarme en los espejos y juro que no es lo que quiero hacer a primera hora de la mañana.

Ella cogió la hoja de afeitar de su mano y él se estuvo quieto, mientras ella afeitaba el lado de su cara en la que tenía una cicatriz.

-Eres increíblemente guapo.

Adron clavó los ojos en ella dudoso.

-Cuando era joven, realmente era superficial con eso. Zarina solía bromear diciendo que un día la bestia Tourah iba a venir y robar mi cara –bajó la mirada al suelo-. Imagino que estaba en lo cierto. Él lo hizo.

Livia enjuagó el jabón de su cara.

-Sabes, hay una parte buena en todo lo que has sufrido.

-¿Y es?

Ella vaciló mientras ordenaba sus pensamientos.

-Dime la verdad, Adron. ¿Si Kyr no te hubiera dejado cicatrices, me hubieras llevado la noche del Golden Crona a tu casa? ¿Incluso me mirarías?

Adron abrió la boca para negarlo, pero no pudo. Ella estaba en lo cierto. Era bella para él ahora, una parte vital de su vida, y aún así nunca la hubiera mirado dos veces antes de que Kyr le hubiera dejado lisiado. Ese pensamiento lo cortó hasta el alma.

-Deseo poder estar entero para ti –susurró él-. Deseo poder creer y bailar contigo, llevarte entre mis brazos y hacerte el amor de la manera en que deseo.

-Y yo estoy agradecida simplemente por tenerte, por completo. No es tu cuerpo o tu cara lo que amo, Adron. Es tu corazón, tu alma y tu mente.



Él tembló ante las palabras, después tiró de ella hacia él y la besó. Ella se movió con cuidado en su regazo.

Adron mordisqueó sus labios mientras sentía como su mano se deslizaban sobre sus hombros, bajando por sus brazos. Ella alzó las caderas, introduciéndolo después en su cuerpo.

Gimieron al mismo tiempo. Afirmando sus manos en los bordes de la bañera, ella le montó duro y rápido, encegueciendo su cuerpo a todo salvo el placer que le rodeaba. Y por primera vez, estuvo agradecido a Kyr. Gracias a él había encontrado a Livia. Que Dios le ayudara si algo le pasaba a ella. Era lo único que nunca podría perder. Lo único que realmente podría destruirle. Su garganta estaba tirante, la observó mientras ella llegaba al clímax entre sus brazos. El placer en su rostro lo desgarró. Y mientras sentía su cuerpo tirante a su alrededor, se entregó a su propia liberación.

Livia colapsó contra su pecho, refrenándose apenas antes de lastimarlo. Ella le sonrió, pero vio el modo en que su mirada cambió, como su cuerpo se quedaba rígido. Siempre le hería darse cuenta de lo débil que era su cuerpo. Daría cualquier cosa por quitar esa imagen de él para siempre. ¿Sacrificaría su vida?

-Te amo –dijo ella.

Como siempre, él no dijo nada mientras salía de ella.

Livia suspiró. No había querido herir sus sentimientos. Pero era demasiado tarde, él había vuelto a cerrarse a ella.

\*\*\*

Cuando estuvieron vestidos, casi era la hora de cenar.

-¿Quieres salir a comer?

La pregunta de Adron la sobresaltó.

-No, está bien.

Él la miró con escepticismo.

-Vamos, no puedes pasar tu vida encerrada en este apartamento.

-¿Estas seguro de que te sientes bien para ello?

-¿La verdad? Odio quedarme aquí dentro todo el tiempo. Nunca fui hogareño.

No fueron lejos, solamente a algunos sectores hasta un restaurante antiguo y llamativo. Adron se sentó a su lado con su brazo alrededor de ella mientras esperaban su comida.

-No me lo creo.

Adron se quedó rígido al oír la voz.

Livia vio a un hombre casi tan guapo como su marido que creyó que debía ser Jayce. Los ojos verdes de Jayce tenían una mirada calurosamente amistosa.

Le tendió la mano a ella.

-Debes de ser Livia.

Antes de que ella pudiera moverse, Adron golpeó su brazo.

-No eres bienvenido aquí. ¿Por qué no te vuelves al agujero del que saliste arrastrándote?

-Oh, eso es verdaderamente original. Mira, ¿no podemos dejar esto atrás?

La respuesta de Adron fue tan cruda que enrojeció su rostro.

Jayce se enfureció.

-Maravilloso, revuélcate en la autocompasión.

Él comenzó a marcharse.

-Igual –gruño Adron-, vuélveme la espalda, cobarde. Es lo que siempre hiciste mejor.

Jayce se giró y levantó de la silla a Adron. Livia se quedó sin aliento mientras se levantaba.

-No vuelvas a llamarme cobarde. Tú, de todos los hombres, sabes que me opongo a esa palabra.

-¿Por qué no? Es cierto, ¿no? Te atreves a llevar el uniforme de la Liga pero rompiste tu juramente a ellos y rompiste tu juramente a mí. No eres sino un cobarde.

Tras eso, todo ocurrió tan rápido que fue como un borrón.

Jayce gritó, después giró.

Adron le evitó y le dio un asombroso puñetazo contra la mandíbula. Adiestrado y afilado como un asesino, Jayce actuó por instinto mientras le devolvió el golpe. Un puñetazo directo al corazón de Adron.

Livia oyó el terrible sonido de los huesos rompiéndose. La fuerza del golpe tiró a Adron contra la mesa. Antes de que llegase al suelo, Livia supo que estaba gravemente herido.

-Oh, Dios mío, Adron –se quedó sin aliento Jayce mientras se arrodillaba a su lado-. Lo siento tanto. No quise hacerlo. Fui sin pensar. Oh, Dios mío, lo siento.

Adron no podía responder. Livia observó horrorizada la palidez del rostro de Adron mientras su aliento sacudía su pecho. Nunca había visto miedo en los ojos de Adron, pero lo vio ahora y eso la asustó más que nada. Jayce pidió una unidad med tech, pero era demasiado tarde. La respiración de Adron iba volviéndose más débil.

Comenzó a escupir sangre. Livia cogió su rostro entre sus manos. Adron tocó su brazo e intentó memorizar sus rasgos antes de morir. Nunca debería haber provocado a Jayce. Su hermano siempre había dejado que su genio le pudiera. Pero ahora era demasiado tarde. Jayce finalmente había hecho lo que debió hacer cuando le encontró yaciendo. Le había matado.

Adron alzó y puso una mano en la cara de Livia. Su ángel de misericordia. Cuando deseaba morir, ella le había dado una razón para vivir. No quería dejarla. No podía soportar el pensamiento de no tenerla con él. Pero quería decir lo que significaba. Su cara desapareció, entonces todo se volvió negro.

-¡No! –Gritó Livia mientras su mano caía de su cara-. No te atrevas a dejarme!

Jayce se puso en el suelo y se dispuso a hacerla una preanimación.

-Maldición! –el grito angustiado se desgarró a través de ella mientras Jayce se deba cuenta de que no podía hacerle un CPR. El cuerpo de Adron no podría resistirlo.

En ese instante, Livia hizo lo único que podía hacer. Se introdujo profundamente en su interior y exigió todo el poder que tenía. No le importaba el precio. No podía vivir sin Adron. Y si significaba su propia vida, que así fuera. Casi al instante, sus manos ardieron. Más calientes de lo habían estado nunca. Coloco sus manos contra el pecho de Adron y dejó que su fuerza vital entrara en él. Jayce se echó atrás mientras un resplandor cicatrizante y naranja rodeaba a Adron.

\*\*\*

Adron se despertó con una sacudida. Al principio, pensó que estaba muerto. No había dolor en ninguna parte de su cuerpo. Su cuerpo se sentía extraño. Diferente. Se sentía entero. Entonces se dio cuenta de que Joyce estaba tocando su cara, y de que había un extraño peso sobre su pecho.

-¿Adron? –Jayce se quedó sin aliento por la sorpresa.

Bajando la mirada, Adron se dio cuenta de que el peso sobre su pecho era Livia. Su corazón latía rápidamente, se enderezó con una agilidad que no tenía, que no había tenido en cinco años. Y en ese instante, supo lo que había hecho ella. Le había curado por completo.

Mientras tiraba de ella a su pecho, vio su mano cubierta de sangre. Las cicatrices se habían ido por completo. Ni tan siquiera habían quedado las cicatrices de sus nudillos.

-¿Livia? –preguntó él, sujetándola contra él.

Ella no respondió. Adron inclinó la cabeza y vio la palidez fantasmal en su rostro.

-¿Livia? –intentó de nuevo él, sacudiéndola con suavidad.

Ella no respondió. Los med techs entraron y la soltó con cuidado. Más asustado de lo que había estado nunca, los siguió desde el restaurante.

\*\*\*

Por primera vez en años, Adron se encontró en la antiséptica sala de espera mientras Livia era atendida por Theo. Finalmente entendió en parte lo que sus padres habían sentido durante sus distintas operaciones. El miedo y la incertidumbre le destrozaban. ¿Cómo de peor tendría que haber sido para su madre?

-¿Adron?

Alzó la mirada mientras su madre y su padre se unían a él. Kiera cogió su rostro y miró su mejilla.

-¿Qué le pasó a tu cicatriz?

-Livia le curó –contestó Jayce-. No sé como lo hizo, pero un minuto él estaba prácticamente muerto y al siguiente, estaba perfectamente bien.

-¿Qué ha dicho el médico? –preguntó su madre.

Adron se apartó de la caricia de su madre.

-Quiere hacerme pruebas después –no le importaba en lo más mínimo él mismo.

Livia era lo único que importa.

-¿Llamaste a sus padres? –preguntó su madre.

Su pecho se apretó al recordar.

-Lo intentó. Su padre me dijo que ella ya no era asunto suyo.

Kiera lo miró ceñudo.

-¿Cómo pudo?

Adron se encogió de hombros. Realmente no quería hablar en ese momento. Sin embargo, Livia era la única persona con la que le gustaba hablar, y punto.

Su padre sonrió mientras su mirada iba de Adron a Jayce.

-Es bueno verlos en la misma habitación sin que haya derramamiento de sangre.

Adron intercambió una mirada cautelosa, avergonzada con Jayce. Jayce se alejó dándose la vuelta. Sus padres fueron a buscar algo para beber.

-Lamento todo esto –dijo Jayce cuando se quedaron solos.

Adron le miró furioso. Estaba cansado de las excusas de Jayce.

-Si me hubieras matado cuando debiste, nada de esto habría pasado.

Joyce frunció los labios mientras sus ojos despedían una fuerte furia.

-¿Me dices de verdad que tú hubieras podido matarme si me hubieras encontrado medio muerto e indefenso?

-En vez de ver tu sufrimiento, sí.

-Entonces eres mejor asesino que yo. Porque nunca hubiera podido vivir conmigo mismo si hubiera matado a mi hermano.

-¿Adron?

Él alzó la mirada mientras Theo se unía a ellos.

Theo vaciló delante de él.

-¿No es extraño esto? No estoy acostumbrado a hablar contigo mientras estas vestido y de pie.

-No tiene gracia.

Theo se veía nervioso.

-Lo siento, humor nervioso –se aclaró la voz y el terror se deslizó sobre Adron. Theo evitaba decirle algo malo.

-¿Bien? –le apremió Adron.

-Ella está en coma. Lo que sea que hizo, le hizo mucho daño neurológico. Honestamente, nunca he visto algo como esto. Es como si su cerebro hubiera ardido.

Adron evitó un sollozo mientras pensaba acerca de la conversación que tuvieron. Este era su mayor temor. ¿Por qué lo había hecho ella? Por él... oh dios, no podía respirar por la agonía que sentía en su corazón. Deseaba gritar por la injusticia de esto. Lanzarse en insultos contra el mundo y todos.

Miró furioso a Theo.

-¿Va a despertar?

-Honestamente, no. Hay también mucho daño. En este momento lo único que la mantiene con vida son las máquinas.

Theo le dirigió una dura mirada.

-Mi opinión como profesional es que deberíamos apagarlas y dejar que la naturaleza siga su curso.

Adron se echó contra la pared mientras su corazón se rompía en mil pedazos. Sintió las lágrimas en sus ojos, sintió la amargura, que inflaba el sufrimiento en su interior. No podía dejarla ir. Pero entonces, tampoco podía dejarla vivir sabiendo que ella no deseaba eso. Y todo lo que sentía era un dolor tan profundo, tan grande, que podía en ridículo al que había tenido que aprender a convivir.

Agarró a Theo por la camisa.

-No te atrevas a dejarla morir. ¿Me oyes?

Theo se vio consternado.

-Su mente se ha ido ya.

-¿Solo la mitad, no?

-Pues bien, sí.

-Entonces aun hay una posibilidad –e incluso media posibilidad era mejor que ninguna-. Mantendrás su corazón latiendo hasta que vuelva.

-Lo haré lo mejor que pueda.

Y lo mismo haría él.

Soltando a Theo, Adron salió corriendo del hospital con una fuerza y habilidad que no había tenido en años. Livia le había dado una oportunidad para sobrevivir, y costase lo que costase, él iba a dársela a ella.

\*\*\*

-¿Qué hace aquí? –demandó saber el padre de Livia cuando Adron entró Por la fuerza en la sala del trono donde él supervisaba a sus consejeros.

Sin preocuparse por el cuarto lleno de hombres que le miraba boquiabierto, Adron se acercó a su suegro.

-Tengo que ver a la madre de Livia.

-Está prohibido.

-Y un infierno. Livia se muere y su madre es la única que puede salvarla –la cara del padre era estoica, parecía que no le importaban las noticias.

-Si muere, que así sea. Nos ha deshonrado con su desobediencia. Os dije a ti y a ella que nunca volviera con nosotros.

-Necesito ver a su madre.

-¡Guardias! –llamo él-. Sacadle de aquí.

Adron luchó contra los guardias, hasta que pidieron refuerzos. Seriamente superado en número, luchó lo mejor que pudo, pero finalmente le cogieron.

-No puede dejarla morir –dijo Adron mientras luchaba por liberarse.

-Si querías que viviera, no deberías haberla avergonzado.

-¡Maldito!

Contra su voluntad, Adron fue sacado de la sala del trono, pero mientras luchó contra los guardias, vio a la joven hija de unos criados observándole con preocupación y compasión en el rostro.

Adron encontró su mirada asustada.

-Dígaselo a su madre, que Livia la necesita. Por favor.

-¡Krista! –Gritó el padre de Livia-. Sal de aquí.

La chica se fue corriendo, y los guardias lo echaron del palacio.

Adron golpeó la puerta cerrada con el puño. Bramó furioso.

-¡Ayúdenme, porque si ella muere, los veré a todos en sus tumbas!

Pero nadie le escucho. Derrotado, se giro y se dirigió a pasar tanto tiempo con Livia como fuera posible antes de que la muerte se la robara.

\*\*\*

Adron se detuvo en la puerta de la habitación mientras escuchaba el familiar pitido y siseo de los monitores. Sólo que esta vez, no estaban conectados a él. Supo por

experiencia que ella podía oírlos. Supo lo que ella sentía yaciendo allí incapaz de comunicarse. Sola. Asustada.

Deseó gritar. Su garganta estaba tirante, cruzó la habitación y se sentó sobre la cama a su lado.

-Oye, dulce –susurró él, cogiendo su fría mano. Ahuecó su otra mano contra el rostro de ella y se inclinó para rozar con sus labios la fría mejilla-. Por favor, abre los ojos, Livia –susurró mientras las lágrimas le cegaban-. Abre los ojos y mira lo que has hecho. En verdad estoy sentado aquí sin hacer un gesto de dolor. No hay ningún dolor. Pero lo sabes, ¿verdad?

Siguió el contorno de su mandíbula. Y entonces hizo algo que no había hecho durante mucho tiempo. Rezó. Rezó y deseo poder sentir sus dulces brazos abrazándole. Oír el bello sonido de su voz pronunciando su nombre.

Las horas fueron pasando mientras Adron se quedaba a su lado, hablando más de lo que había hablado nunca. Sentado a su lado, sujetó su mano contra su corazón y deseó que despertara.

-No sé porque te quedaste conmigo, Livia. Dios lo sabe, no valía la pena. Pero no quiero que me dejes solo ahora. Te necesito. Por favor, abre los ojos y mírame. Por favor.

-Puede oírte.

Adron se crispó al oír la voz a su espalda.

Asumiendo que era una enfermera, no se molestó en mirarla.

-Lo sé.

-¿Vas a desenchufarla?

Él se sofocó ante el pensamiento. Y por primera vez, entendió exactamente lo que había sentido Jayce cuando le encontró. Dios mío, había sido un gran tonto por odiar a su hermano por quererle.

-No puedo dejarla ir –dijo entre dientes-. No mientras haya una posibilidad.

-Es lo que ella quiere.

-Lo sé –lo sabía mejor que nadie. Había estado allí. La enfermera respondió y puso una mano sobre su hombro.

-Ella quiere que te diga que está contigo. Y que tengas valor para esto.

Frunciendo el ceño, se giró para encontrarse con una pequeña mujer cubierta por una capa que ocultaba por completo su identidad.

-¿Quién eres?

Ella bajó la capucha. Sus rasgos angelicales, la reconoció al instante. Era la madre de Livia.

Y vio los ojos verdes plateados de una raza que era más mito que realidad.

-¿Eres Trisani?

Ella asintió con la cabeza.

Adron se quedó boquiabierto al saberlo. Los Trisani eran legendarios por sus habilidades psíquicas. Y habían sido cazados casi hasta la extinción. Los que sobrevivían, permanecían cuidadosamente escondidos alejados de las grandes poblaciones donde podrían esclavizarlos o matarlos aquellos que o bien temían sus poderes o los deseaban.

Ella dio un paso hacia Livia y quitó el IV de su brazo. Entonces, lentamente, uno a uno, desconectó todos los monitores.

-Es hora de levantarse, florecilla –susurró ella. Puso una mano sobre la frente de Livia.

Aturdido, Adron vio como los ojos de Livia se abrían.

-¿Mamá? –preguntó ella.

Su madre sonrió, entonces la besó en la frente. Pasó una mano sobre el cuerpo de Livia.

Adron se sentía débil mientras el alivio y la alegría se propagaban por su cuerpo. ¡Livia estaba viva! Su madre le cogió la mano y la de Livia y las mantuvo juntas. El corazón de Adron latió fuertemente cuando sintió el calor y la caricia que había creído perdida para siempre.

Livia pasó la mirada de él a su madre.

-Hiciste que Krista me enviara al Golden Crona, ¿no?

Su madre asintió con la cabeza.

-Estabais destinados –miró a Adron-. Y para responder a tu pregunta, sí, es permanente. Livia te curó, pero... -miró furiosa a su hija-. No debes volver a utilizar tus poderes. Tu parte humana no es lo suficientemente fuerte para ellos.

-Lo sé, pero no podía dejarle morir.

Su madre inclinó la cabeza.

-Ahora, tengo que volver antes de que se den cuenta de que no estoy.

Se detuvo un momento en la puerta y se giró.

-A propósito, es un niño.

Adron frunció el ceño.

-¿Qué es un niño?

-El bebé que ella espera. Felicitaciones, Comandante. En nueve meses, serás padre.

## Epílogo

### Un año después

Livia se detuvo en el portal mientras miraba a Adron dando el alimento de las tres a.m. a su bebé.

Apoyado contra las almohadas, Adron estaba sentado en la cama, desnudo excepto por la sábana puesta modestamente sobre su regazo mientras sujetaba el biberón y se quedaba mirando fija y con adoración a Caillen.

Puso la mejilla contra la parte superior de la cabeza calva del bebé y lo sujetó cerca.

-Te tengo, pequeñin –susurró él-. Si, lo hago.

Ella se rió.

Adron alzó la mirada y sonrió.

-No sabía que habías vuelto.

-Puedo decirlo –ella se movió para sentarse con los dos. Después, se apoyó contra la pierna alzada de Adron para clavar los ojos en el hermoso bebé contra su pecho sin cicatrices.

Ella arrulló a Caillen mientras él cerraba su dedito alrededor de su dedo.

Adron pasó la mano cariñosamente a través del pelo suave, desordenado de Livia. Gracias a ella, había hecho un gran progreso del alcohólico amargado, que ella había encontrado bebiendo en la parte trasera del Golden Crona.

Ella había encontrado a un hombre destrozado, sangrante y lo había sanado. No solo su cuerpo, sino también su corazón. Le había reunido con su familia y con su alma.

En el último año, la había observado engordar con el bebé y se había congelado mientras ella luchaba para traer a Caillen al mundo. La vida se había encendido en un segundo. Siempre lo había sabido, pero una noche lluviosa, fría en el cuarto trasero hundido de un lugar sucísimo, su vida había tomado una curva cerrada al cielo.

Livia miró al bebé.

-¿En qué piensas?

El siguió el contorno de sus labios con la punta de un dedo.

-Pienso que estoy muy feliz de haberme intercambiado por esa mujer. Que feliz estoy de que mi hermano no pudiera matarme. Pero sobre todo, pienso solamente en lo malditamente agradecido que estoy porque vieras algo en mí que merecía la pena salvar.

Él se echó hacia delante y la besó suavemente en los labios.

-Gracias por mi hijo, Livia, y por mi vida. Te amo. Siempre lo haré.